

UNA MUJER GOBERNANTE

La historia de Estrella Jaguar

Ruperta Bautista (batsil k'op)

- CHERÁN K'ERI, DONDE EL MIEDO SE FUE A PERDER
- TIERRAS MILPERAS EN CALIFORNIA
- 30 AÑOS DE BIODIVERSIDAD
- CUANDO DEJAMOS DE SER KOMUUN
- CERRO DE TZOCOHUITE RESISTE A LA MINERÍA
- UMBRAL: DE LA CREATIVIDAD DEPENDE

- EL ESTRUENDO Y LA FURIA: MAZATLÁN Y LAS BANDAS, por Rafael Torres Sánchez
- LA GASTRONOMÍA HÑAHÑÚ DEL MEZQUITAL
- LA SELVA Y LOS LACANDONES
- ECUADOR Y BRASIL: EL FLAGELO DE LA PALMA ACEITERA
- CARNAVAL DE BURROS EN OTUMBA

DE LA CREATIVIDAD DEPENDE

De la creatividad depende. De lo que se aprende, no sólo de lo que obliga a la adaptación al grado incluso de negación de la identidad. Ya pasó el neolítico para la más alejada de las comunidades originarias en el país. Ya pasaron los imperios antes y después del 1500, la catequización a fuerzas, las encomiendas, las bulas reales, los pueblos libres, la persecución a escala íntima de la indiada por los liberales del siglo XIX (quizás el único periodo histórico donde la Nación buscó abiertamente su desaparición). El siglo XX hizo malabares con ellos. A partir de la Revolución los ensalzó, los humilló, los usó, los olvidó, los recordó, les cumplió, los traicionó, los expropió, los acarrió, les hizo algunas guerras, les patrocinó algunas fiestas, les puso escuelas, con suerte clínicas, les chupó los votos que pudo. La actual encrucijada de los pueblos, transcurrido un cuarto del siglo XXI, no se ubica lejos de eso, y menos aún de la desigualdad que hace pobres a los mexicanos, no sólo indígenas, para enriquecimiento de un mugar millón de millonarios que son quienes, en justicia, deberían desaparecer (en su condición de millonarios).

El campo está castigado pero vive y produce. Lo acechan sequías, agrotóxicos, contaminación letal por el extractivismo, especulación inmobiliaria y megaobras viales e industriales. Con harta frecuencia se encuentran sitiados o invadidos por bandas criminales. Tal es su realidad. Han pasado ya varias décadas del despertar que los reposicionó en la escena colectiva nacional. Han demostrado capacidad de organización, resistencia, conservación de sabidurías irremplazables, son artistas en sus lenguas y con sus sueños en lienzo y mantas, profesionistas, constructores, defensoras del territorio.

Discursivamente, los que se preocupan por el porvenir del planeta en riesgo de colapso ambiental y social ven en los pueblos originarios una esperanza, pero sus saberes ancestrales y su apego a la vida no bastan ante la avalancha del capitalismo desbocado que nos educa en el fatalismo y la aceptación. La construcción social, la creación artística y cultural, las labores agrícolas de los pueblos originarios están en la hora de evolucionar mejor que el mundo, enseñarnos cómo le hacen y, sí, salvarnos de la locura postera del gran capital con sus ilusiones postatómicas, transgénicas, de geoingeniería, inteligencia artificial, maltusianismo brutal y colonias en el espacio mientras la Tierra se enfría.

El futuro es hoy ■



Utensilios en la cocina de Porfiria Rodríguez Cadena. Santiago de Anaya, Hidalgo. Foto: Justine Monter Cid

PALMA ACEITERA EN BRASIL LOS PUEBLOS TEMBÉ Y TURIWARA EXIGEN QUE LES DEVUELVAN SUS TIERRAS ROBADAS

Los pueblos tembé y turiwara que viven al este de la Amazonia brasileña, así como los quilombolas —comunidades que formaron los descendientes de africanos esclavizados—, viven apretujados, sitiados y acosados entre las plantaciones de palma aceitera. Organizados en el Movimiento IRQ (Indígena, Riberinho y Quilombola), denuncian que están amenazados por la violencia, el desplazamiento forzoso y el robo de tierras.

Los mayores operadores de plantaciones son dos empresas: Agropalma afirma poseer 107 mil hectáreas de tierra, mientras que Biofuels BBF controla 135 mil hectáreas (ocupan juntas una superficie que casi equivale a la de Luxemburgo).

Sin embargo, aparentemente, gran parte de las superficies de selva proceden de la apropiación ilegal de tierras del Estado, de comunidades locales y de pequeños propietarios locales. Los tribunales ya han anulado los títulos de decenas de miles de hectáreas de Agropalma, por considerarlos ilegales.

Las comunidades indígenas y quilombolas sufren gran presión, persecución y están severamente restringidas en su libertad de movimiento y modo de vida. La violencia, las amenazas de muerte, las humillaciones, el racismo y la criminalización son habituales en el área y varias personas han resultado gravemente heridas o muertas.

Los servicios de seguridad privada armados de las empresas, así como la policía local y bandas criminales, estarían detrás de esto. Las empresas niegan las acusaciones de violencia y robo de tierras y siguen reivindicando las tierras como propias.

Los pueblos indígenas y quilombolas denuncian la violencia estructural y exigen la devolución de sus territorios ancestrales. Piden ayuda, atención y solidaridad internacionales ■

OJARASCA

(Con información de *Salva la Selva*, abril de 2024)

umbra

La Jornada

Directora General: Carmen Lira Saade
Publicidad: Javier Loza
Arte y Diseño: Francisco García Noriega

Ojarasca en La Jornada

Dirección: Hermann Bellinghausen
Coordinación editorial: Ramón Vera-Herrera
Edición: Gloria Muñoz Ramírez
Caligrafía: Carolina de la Peña (1972-2018)
Diseño: Marga Peña
Logística y producción: Ligia García Villajuana
Retoque fotográfico: Adrián Báez, Ricardo Flores, Israel Benítez, Jesús Díaz
Corrección: Héctor Peña
Versión en Internet: Daniel Sandoval

Ojarasca

Ojarasca en La Jornada es una publicación mensual editada por DEMOS, Desarrollo de Medios, SA de CV, Av. Cuauhtémoc 1236, colonia Santa Cruz Atoyac, alcaldía Benito Juárez, CP. 03310, CDMX. Teléfono: 9183 0300 y 9183 0400. El contenido de los textos firmados es responsabilidad de los autores, y los que no, de los editores. Se autoriza la reproducción parcial o total de los materiales incluidos en Ojarasca, siempre y cuando se cite la fuente y el autor. ISSN: 0188-6592. Certificado de licitud de título: 6372, del 12 de agosto de 1992. Certificado de licitud de contenido: 5052. Reserva de título de la Dirección General del Derecho de Autor: 515-93. Registro provisional de Sepomex: 056-93. No se responde por materiales no solicitados.

suplementojarasca@gmail.com

IXBALAM-EK' / ESTRELLA JAGUAR

LA HISTORIA DE UNA MUJER GOBERNANTE

RUPERTA BAUTISTA

A continuación Ojarasca presenta el inicio de la novela histórica *Estrella Jaguar*, escrita en tsotsil y español por Ruperta Bautista, con recurrente uso de palabras tseltales y del maya clásico. Ubicada en los tiempos antiguos, es descrita así por la autora: "Este texto se fundamenta en una investigación excelsa y exhaustiva que la autora realizó a través de la revisión bibliográfica de la cultura ancestral que permitió ir construyendo la historia de vida de cada uno de los personajes".

En el cielo azul tucanes y quetzales vuelan por los cuatro puntos cardinales, formando una sinfonía de color y movimiento. El sol radiante baña la ciudad. Arriba en la entrada principal del Palacio, hacia el oriente, donde cada amanecer los *Ajmen* ofrendan *pom*, se alcanzan a ver las montañas entrelazadas rodeando el lugar. Algunos niños juegan por las escalinatas, otros caminan tomados de la mano de sus madres, acompañándolas al *Ch'ivit na*, a pedir autorización para acomodar productos en el tianguis; suben y bajan los *j-ab-teletik jnitvanejetike* de Balamtun, ocupándose de las actividades del día.

Cerca del área de los juegos sagrados, arriban personas de poblaciones vecinas y otras de tierras de Najalostomeka. Algunos canjeantes acomodan mantas de algodón y tablas en el piso de tierra para trocar: yuca, pitahaya, aguacate, guayaba, carne de venado, comadreja, pez y otros animales. Un niño llora a gritos, enojado reclama a su padre por no intercambiarle una tortuga por los manojos de ocote que llevan al tianguis. El hombre, apenado ante la gente que pasa, intenta tranquilizarlo. Tres músicos sentados cerca de un *Yaxte'* tocan en tono festivo una trompeta de carrizo, un tambor y sonajas llamando la atención de las personas recién llegadas; a su vez otros individuos colocan alrededor de troncos de árboles: trompas, caracoles y ocarinas.

Los rayos del sol penetran las entradas del Palacio iluminando los pasillos. El que conduce a la habitación de Ixbalam-ek', la luz baja su intensidad y cambia a un tono tornasolado de azul y ámbar formando la figura de los cuatro ángulos del universo y los ciclos del tiempo.

Komkom, el enano anciano, sabio y consejero de la reina, sentado a un lado de la cama de la Ixbalam-ek', se frota los ojos irritados, cansado por el desvelo de la noche. En su morada, Ixbalam-ek' espera su deceso. Ajk'in, Dios del Tiempo, y Yumkimil, Dios de la Muerte, han llegado por la reina para comenzar el viaje hacia Xibalba. Incrédula se ve a sí misma: junto a los dioses caminando por el camino de fuego, cruzan el río de agua caliente donde un perro espera en la orilla para guiarlos hacia donde crece el Árbol Fructificador de los Tres Universos.

Ixbalam-ek' en su agonía se percibe como la mujer recién llegada al trono. La reina que con sólo mover la cabeza y hacer un guiño es obedecida por las mujeres jóvenes, adultas



Ilustración de Roberto Alonso Gordillo ("Cohete con Dientes") para la portada de *Ixbalam ek' / Estrella Jaguar* (2023)

y ancianas, incluso por los hombres más sabios. La soberana de cabello largo, trenzado con el color de la noche, ojos *pauch* y la esencia de Serpiente Jaguar. Así entre estertores permanece observando la memoria de su corazón.

Fluyen en su recuerdo las imágenes de hace veintidós vueltas del *tun*: la muerte del rey llega a los oídos de Ixbalam-ek', su rostro palidece, se levanta de su alfombra, las *ix-ajauov* se apartan, la reina apresura sus pasos, corre hacia La Casa de Guerra, entra hasta posarse frente al altar, extiende sus manos al cielo, baja la cabeza, cierra los ojos, implora: "Gran Yumkimil y Junlajel, dioses poderosos, hacedores de la muerte; concédanme sabiduría". De sus palmas comienza a manar sangre: "Otórguenme astucia, transporten su fuerza a mis manos. Traigan su energía a mis pies, envíen su visión a mis ojos. Ofrezcanme el sabor del triunfo; a cambio, pongo ante ustedes mi ofrenda: mi existencia. Seré su esclava, si sirva en la extensión del tiempo, allá en su morada. Señor Yumkimil, Señor Junlajel, acepten mi humilde ofrecimiento".

Una densa niebla surge del altar, cubre el espacio de la oscuridad, emerge un cuerpo esquelético, fuma tabaco, se acerca a Ixbalam-ek', le coloca un collar de cascabel con piedras verdes, rojas y negras en el cuello. Camina hacia atrás, desapareciendo junto con la bruma.

En la entrada principal del Palacio, donde inician los escalones, humea el aroma del copal, sobre grandes incensarios con figuras talladas de *Bolom*. Mientras el incienso perfuma el espacio, extendiéndose hacia La Casa de Guerra, Ixbalam-ek' permanece agónica.

Komkom abandona la habitación dejando sola a la reina; triste y pensativo avanza hasta la entrada principal del Palacio, se encuentra con Ajpuch, guía de los guerreros de Balamtun y hablan sobre la inminente muerte de la reina. Mientras pala la Serpiente Jaguar tallada en la piedra central de su collar, conversa. "Ajpuch, mi corazón se ha sumergido en la tristeza. Siento cómo el temor poco a poco penetra en cada latido, el miedo me sacude al pensar que pronto me presentaré a las personas para informarles la muerte de la soberana, se derrumbarán abatidas por la noticia". El Consejero por momentos se queda en silencio, se lleva la mano izquierda a la frente, nervioso juguetea su tocado, en su corazón se arremolinan las palabras, mientras su mirada se pierde en la lejanía, su pensamiento se esfuma en la confusión, no sabe qué hacer: "Ajpuch, hermano mayor, un tumulto de desorden hay en mi alma. Tú que saber y conocer el camino y las sendas de la victoria, los secretos de la muerte violenta, quisiera ponerme en las palmas de tus manos para que me envíes allá donde oscurecen los rayos del sol".

Frente a Komkom, Ajpuch, con la quijada tensa, la mirada triste, como un guerrero que ha perdido la batalla; de pronto se enfurece, golpea su lanza contra el piso. Ruidosas se agitan y chocan unas a otras las piedras de jade de sus brazaletes: "Komkom, hermano, descendiente de los padres-madres, tú eres el sabio y consejero del reino de los Bolomcho, no dejes que la tristeza y el miedo fluyan en tus venas. Tienes que tranquilizarte. El momento de la culminación del acuerdo que hizo la reina con los señores del Xibalba debe cumplirse. Nos corresponde esperar el instante preciso en que Ixbalam-ek' deje este mundo. Cuando llegue ese momento, tu corazón debe estar sereno. Informarás la muerte de la reina y al mismo tiempo comunicarás que desde hace veintidós recorridos del *tun*, el rey se despidió de la luz del crepúsculo".

Ixbalam-ek', agitada, intenta respirar con calma, los pulmones no le responden, sus manos se vuelven rígidas, quiere levantarse, no puede. Su respiración se torna acelerada, en el delirio observa en uno de los pasillos interiores del palacio, que camina junto a Jsakbalam, el rey, bajan, se miran uno al otro, conversan sobre la ceremonia próxima: "Jsakbalam, se acerca el día en que estaremos ofrendando la salvia roja, brotada de nuestro cuerpo con la fuerza del *to* para elevarnos y caminar en el *Be taiv* al encuentro del señor Jun ajpu". Jsakbalam acaricia la cara de la reina: "Mi hermosa mujer, antes de que el rostro del sol se oculte, me reuniré con los *Ajmen*, los *j-abteletick* y los guerreros principales. Acoremos los preparativos para los trajes, los incensarios, el *yakil o'*. Y pediré que afilen las puntas del *to* para usarlo en la ceremonia".

Mientras conversan, los guerreros los saludan con una breve danza, golpeando el piso con los pies. El sonido se mezcla con el ruido de las piedras de jade de las rodilleras, los brazaletes y los pectorales creando un tono musical pausado en una escala de cuartos ■

RUPERTA BAUTISTA, *Ixbalam-ek' / Estrella Jaguar*. Ilustraciones de Roberto Alonso Gordillo Pérez (Cohete con Dientes). Oralibrura Cooperación Editorial, Ciudad Nezahualcóyotl, México, 2023. (En la sección *Veredas* de este número ofrecemos una reseña de la obra).



Conmemoración del 13° aniversario del municipio p'urhépecha Cherán K'eri, Michoacán, 13 de abril de 2024. Serie fotográfica de Francisco Lión

CHERÁN K'ERI, EL PUEBLO P'URHÉPECHA QUE VENCÍÓ EL MIEDO

CAROLINA DÍAZ IÑIGO y FRANCISCO DE PARRES GÓMEZ

El 15 de abril del 2024 se cumplieron 13 años de la expulsión del crimen organizado y los talamontes que destruían el bosque y las posibilidades de una vida digna y segura en Cherán K'eri, comunidad p'urhépecha de aproximadamente 20 mil habitantes ubicada en el estado de Michoacán de Ocampo, México. Hoy día, gracias a la instauración de un gobierno basado en su sistema de usos y costumbres, la conmemoración del alzamiento fue acompañada, entre muchas más actividades, por un ritual realizado en El Calvario, localizado en el tercer barrio, el cual inició a las cinco de la mañana para recibir el alba, además de un desfile enca-

bezado por la Ronda Comunitaria seguido de mujeres, hombres, jóvenes, niñas y niños que recorrieron los cuatro barrios del municipio autónomo. Acompañado con música y consignas, este pueblo nos recuerda la insurrección que comenzó con algunas mujeres defensoras del bosque y que continuó con el levantamiento de toda la comunidad, que en su momento se organizó en 189 fogatas que funcionaron como barricadas y puntos de encuentro para construir la organización: "¡Cherán avanza, avanza y no se raja. Cherán unido, jamás será vencido!".

Con la expulsión de los talamontes y de la criminalidad, se depuso de su territorio también a la policía estatal y federal junto a los partidos políticos, pues éstos mantenían nexos con quienes delinquían e instauraban el miedo, la violencia, el despojo y el ecocidio. Así, se inició un proceso de autogobierno, y el Estado tuvo que reconocer el derecho de la

comunidad p'urhépecha a decidir sobre su presente y futuro sin partidos políticos, pero con los recursos económicos que les corresponden como pueblo. Con el levantamiento popular vino también la construcción de otras maneras de organizarse, se creó el Concejo Mayor de Gobierno Comunal rotativo cada tres años y las Asambleas como las principales formas de toma de decisiones, así como una Ronda Comunitaria que vigila y se encarga de la seguridad.

Cherán K'eri es uno de los 22 municipios que componen a la región p'urhépecha del estado de Michoacán. Cuenta con una gran historia de resistencia, primero frente al imperio mexica y luego frente a la invasión colonial española. El pueblo p'urhépecha conserva elementos importantes de su identidad; uno de estos principios es su comunión con el bosque de 27 mil hectáreas, de las cuales, alrededor de 5 mil están bajo el régimen posesionario. Para los habitantes de

Cherán K'eri, la defensa del bosque es la defensa de la vida y la dignidad. Si el bosque vive, la comunidad puede vivir: "Así nos lo enseñaron nuestros abuelos", comenta una mujer cheraneca.

Cherán es también un ejemplo de lo que la organización comunitaria puede hacer frente al capitalismo y sus lógicas de muerte, que mediante la *colonialidad de la naturaleza* ha buscado instaurar el dominio y explotación de los bienes naturales para convertirlos en mercancía. La *colonialidad de la naturaleza* intenta establecer en lo más profundo de las subjetividades y en las instituciones la mercantilización de la vida y de los cuerpos, pretende despojar de dignidad a los seres vivos, incluidos los seres humanos, los bosques, los ríos y todas las especies que habitan el planeta tierra, pues todos ellos representan en las lógicas de muerte un terreno sobre el cual puede lograrse alguna ganancia. "El bosque no es mercancía", señala una cartulina sostenida por una niña.

Las mujeres de Cherán fueron desde el inicio piezas fundamentales en esta lucha contra la delincuencia y la explotación del bosque, lo son también en el rescate de la identidad, como ejemplo de ello tenemos al colectivo de jóvenes "Mujeres por la Memoria de Cherán", quienes hacen una labor importante por rescatar los símbolos de resistencia y usan las paredes de su comunidad como un recordatorio visible de lo que se ha logrado hasta el día de hoy, gracias a la organización y dignidad comunitaria. En conmemoración del aniversario, esta colectiva realizó dos murales participativos junto con Amehd Coca Castillo, artista originario de Morelia que utiliza la técnica del fotomural como plataforma de denuncia ante las desigualdades y para fortalecer las luchas. Con esta acción se hizo referencia a la memoria insurrecta acompañada de imágenes y frases como: "Admiro a una mujer que ha luchado porque yo creo que así es la valentía" y "Traiciona nuestras raíces aquel que destruye los saberes del bosque".

Las niñeces representan igualmente el futuro de Cherán; en el desfile de su 13 aniversario, su participación reveló la importancia de la identidad y de su relación con el bosque y el sostenimiento de la vida. En las infancias y juventudes este pueblo muestra su presente y la posibilidad de futuro. Una cartulina sostenida por una niña en el desfile decía: "Cherán ejemplo de lucha en defensa de sus bosques".

Reconocimiento también a las y los guardabosques, a la Ronda Comunitaria, quienes día con día, sin importar el sol, lluvia, frío y noche resguardan la seguridad del pueblo. Esta participación es sostenida por la comunidad y por la convicción de que la resistencia por la seguridad, la tranquilidad, el bosque —es decir, la vida— son su principal sustento.

Hoy, Cherán K'eri es un ejemplo para otros contextos donde se debaten entre la vida o la muerte que quiere imponer el sistema capitalista y el crimen organizado como otro de sus brazos. En oposición a la destrucción de la naturaleza y el calentamiento global, "en Cherán K'eri salvamos el planeta", manifiesta una de las mantas sostenida por algunas de las mujeres en el desfile que celebra el 13° aniversario de su levantamiento popular ■

CAROLINA DÍAZ IÑIGO es antropóloga social, autora de *La sutileza de la resistencia. Mujeres y emociones contra el despojo en la frontera sur de Chiapas*. Colabora en la Asociación Civil Kalli Luz Marina y es coautora de *Prevención y atención de la violencia contra las mujeres nahuas de la Sierra de Zongolica, Veracruz. La experiencia de Kalli Luz Marina*. Cofundadora del Colectivo Transdisciplinario de Investigaciones Críticas-COTRIC.

FRANCISCO DE PARES GÓMEZ es antropólogo, comunicólogo y fotógrafo. Autor de *Poéticas de la resistencia: Arte Zapatista, estética y decolonialidad*. Su trabajo ha sido expuesto en una docena de países, recientemente en la Bial de Brasil.



Conmemoración del 13° aniversario del municipio p'urhépecha Cherán K'eri, Michoacán, 13 de abril de 2024. Serie fotográfica de Francisco Lión

POR UN HORIZONTE SIN MINERÍA

LA COMUNIDAD CERRO DE TZOCOHUITE, MUNICIPIO DE ZACUALPAN, BALUARTE CONTRA EL EXTRACTIVISMO EN LA SIERRA NORTE DE VERACRUZ



Tlatlajko ojtle / A medio camino. Foto: Martín Tonalmeyotl

GLORIA MUÑOZ RAMÍREZ

"Somos un pueblo indígena. La minera nunca nos preguntó si queríamos que entrara a explorar nuestro territorio. Exigimos respeto a nuestros derechos como pueblo", advierte Lucrecia Linares Mina, de la comunidad Cerro de Tzocohuite, municipio de Zacualpan, Veracruz, donde se repite la historia de la imposición de una minera sobre territorios ancestrales sin la autorización de los pueblos.

Integrantes de la comunidad acompañados por el Comité de Derechos Humanos de la Sierra Norte de Veracruz y Radio Huayacocotla, la Voz Campesina, explicaron que a esta región conformada por tres municipios —Huayacocotla, Zacualpan y Texcatepec— llegó en 2019 la empresa minera "La Victoria", intentando engañar a los ejidatarios y tratando de arrebatarles permisos de exploración.

Los 18 ejidos que existen entre Huayacocotla, Zacualpan y Agua Blanca organizaron una asamblea y ahí, en colectivo, decidieron rechazar la entrada de la minería. Ya con el acta en la mano acudieron a la Secretaría del Medio Ambiente, donde la inscribieron, "pero la minera no se quedó quieta y decidió ir de comunidad en comunidad, de ejido en ejido, tratando de convencer a los representantes de las comunidades de manera desleal, con dinero, para que les permitieran entrar en su territorio".

El 12 de febrero de 2023 la comunidad de Tzocohuite decidió formar un consejo comunitario para la defensa del territorio y el 29 de abril de ese mismo año se realizó una asamblea regional de todos los ejidos en la que reafirmaron que no es su deseo que entren las mineras a su territorio.

Lucrecia Linares explica: "Nuestro bosque es parte fundamental y vital, nos propicia una flora y fauna diversa, varios manantiales, prácticamente abarca todo nuestro territorio. Por eso nos organizamos, para evitar la entrada de alguna empresa ajena que afecte nuestro bosque, nuestro ecosistema o la salud".

Santiago García, también de Cerro de Tzocohuite, acusa que en ningún momento se les consultó sobre si sus terrenos de pino y encino podrían ser concesionados, mientras que Jorge Peláez, coordinador de las Clínicas Jurídicas de la Universidad Iberoamericana, advirtió que en las primeras investigaciones salió a la luz que gran parte del ejido estaba concesionado a la Minera Hochschild y que ésta la había cedido a Detector Exploraciones.

Peláez explica que las mineras llegaron al territorio sin preguntar a las comunidades, "pasando por encima de su derecho a la libre determinación, con el que decidieron dedicarse al manejo sustentable del bosque, a cuidar su territorio, el cultivo. Pero de repente, por una decisión desde la Secretaría de Economía, les querían cambiar completamente la forma en la que los pueblos quieren vivir y usar su territorio".

Presentaron entonces un amparo ante la justicia en diciembre de 2023, en el que la comunidad señala que el

otorgamiento de la concesión violó su derecho a la libre determinación y que eso tiene implicaciones en su derecho al territorio y al derecho al consentimiento previo, libre e informado.

La comunidad es clara en su solicitud de que se cancele la concesión, pues "fue otorgada violando derechos fundamentales de pueblos indígenas". Pero como la empresa no cede, en febrero de 2023 crearon el Consejo Comunitario para la Defensa del Territorio, que en asamblea determinó no permitir trabajos de exploración y extracción de minerales por personas o empresas ajenas a la región.

En conferencia de prensa, Isaac Romero Hernández, del Comité de Derechos Humanos de la Sierra Norte de Veracruz, señaló que quienes hacen estas luchas son los pueblos indígenas. "Los pueblos son los que saben cómo cuidar el territorio, día a día viven en la comunidad con el cuidado de tener sus bosques, su agua limpia. Ellos son los que se preocupan, los que cuidan los recursos, y es importante que la gente se dé cuenta de que estas luchas las inicia la gente de las comunidades".

Por su parte, el ayuntamiento de Huayacocotla asentó la negativa de autorizaciones de cambio de uso de suelo para proyectos de exploración y explotación de minería metálica y la envió a la Secretaría del Medio Ambiente de Veracruz. Pero hasta el momento no hay una resolución favorable.

Lucrecia resume su lucha: "No queremos permitir la entrada de la minería porque afectaría nuestra vida y perjudicaría nuestro bosque, el agua que consumimos y nuestros terrenos donde sembramos nuestro maíz" ■



Trabajador agrícola cultivando coles de Bruselas, a estos trabajadores se les paga de acuerdo a la cantidad de coles que cosechan, Watsonville, CA, USA, 2016. Foto: David Bacon, tomada del libro *En los campos del norte*

TIERRAS MILPERAS

MIGRANTES MEXICANOS EN CALIFORNIA

RAÚL ZIBECHI

El ritmo imperturbable y sosegado de la ciudad se palpa en cada esquina, en las casas todas iguales construidas en madera, generando la apariencia de una vida sin sobresaltos ni problemas. Todo cambia cuando nos dicen que en cada casita se amuchan tres o cuatro familias, porque estamos en uno de los rincones más caros de California. Watsonville apenas supera los 50 mil habitantes, 83 por ciento son latinos y el 73 por ciento vive en la pobreza.

Nos reciben en la vivienda de Hugo y Carmen, donde Paula ha preparado un suculento desayuno mexicano con tortillas caseras, que Rocío sirve con su contagiosa sonrisa. Mientras comemos, comienzan a explicar de qué se trata el colectivo Tierras Milperas. Son varias generaciones de migrantes, en su inmensa mayoría mexicanos, con larga experiencia en el trabajo agrícola. Muchos de ellos conocen a fondo la agroindustria extractiva, ya que trabajan recogiendo moras y fresas en uno de los valles más productivos en la Costa Central de California.

Paula acerca tamales a la mesa, mientras varias voces nos dicen que ella imparte un taller de nixtamal, en el que participan varias mujeres del colectivo. Desde hace una década vienen sembrando cinco espacios comunitarios que nombran como Starlight, Jardín del Río, Valle Verde, Pájaro y Pedazo de Cielo. Además están empezando a trabajar un espacio mayor, que citan como Corralito, nombres decididos siempre en asamblea.

Son 120 familias trabajando la tierra, produciendo lo que consumen con enorme alegría y orgullo. Además de la asamblea mensual en la que se toman las decisiones, cuentan con una Comisión de Gobernanza Comunitaria integrada por seis personas que tienen más experiencia en el cultivo y en el movimiento. El Consejo Autónomo Milpero está integrado por mayores y un joven, que proponen proyectos a la asamblea y orientan al colectivo.

Legó el momento de conocer los “jardines” comunitarios. En el Jardín del Río nos recibe un hombre curtido en la tierra con larga experiencia como campesino, de nombre José. Explica que el principal problema en la región es la vivienda, con precios abusivos porque Watsonville está enclavado en Silicon Valley, una de las áreas más ricas poblada por informáticos, por lo que “en esta zona la vivienda es la más cara de Estados Unidos”.

Detrás de la valla que limita el espacio comunitario, pueden verse varias personas arrastrando carros de compras con ropa. Alguien explica que hay más de 200 *homeless* (sin vivienda) amuchados en las orillas del río, lejos de la indiferencia ciudadana. Caminando entre los cajones de dos por seis metros, Hugo Nava, coordinador del colectivo, explica que tuvieron un conflicto con la Iglesia Episcopal de Todos los Santos/Cristo Rey, que rescindió el contrato de arrendamiento y los expulsó del terreno. “Quieren que cultivemos flores, no alimentos, que no hablemos entre las familias y que no se hagan asambleas”. Imposible entenderse. Un evidente choque de culturas.

Finalmente dejaron la tierra luego de cosechar los frutos, pero consiguieron nuevos espacios.

José intenta explicar las razones por las que la inmensa mayoría del colectivo Tierras Milperas son mujeres. Lo hace con su mexicanísimo estilo: “Las mujeres son más livianas...”. Silencio en la ronda. “Porque nosotros los varones somos más huevoncitos. Llegamos a casa y nos sentamos con el control de la televisión en mano, y ya”. Sonrisas de aprobación.

Recorremos el espacio, ordenado y limpio, con cultivos en cada cajón y un espacio para reuniones presidido por un fogón con su respectivo comal en el que elaboran comidas comunitarias. Rocío explica que los cajones son cultivados por las familias, pero en otros espacios se cultiva directamente en la tierra. “Como cada familia proviene de distintos estados con cultivos propios, han formado un banco de semillas diversas que las intercambian”.

Los miércoles hacen un taller con niños que aprenden la herbolaria y las comidas mexicanas. Carmen explica que el jardín fue construido por toda la comunidad que vive en los apartamentos linderos. “Una parte de los cajones se cultivan en común con jóvenes y la otra parte son de las familias. Con la cosecha hacemos comidas comunitarias y celebramos el día de muertos”.

Cultivan milpa y variedades como el quelite, plantas medicinales, frutales, y también están trabajando con semillas nativas de los pueblos originarios de California. Los espacios pertenecen al municipio o a privados que los ceden porque están abandonados, pero las familias van mejorando la tierra con la composta que trabajan en colectivo.

Antes de acudir a la asamblea, pasamos por uno de los espacios más consolidados, de nombre Starlight, donde trabajan 45 familias con experiencia agrícola. “El 98% de las tierras agrícolas de Estados Unidos pertenecen a hombres

blancos”, explica Hugo, haciendo notar la persistencia de un racismo estructural que impide el acceso de los migrantes a la tierra.

Hugo traza una breve historia del movimiento que se independizó de dos grandes ONGs en 2018, porque les decían cómo tenían que hacer las cosas, aunque nunca trabajaron la tierra. “Mandaba una persona que ni siquiera hablaba español y nos quería dar órdenes y nos presionaba para que cultiváramos flores. A partir de ese momento, empezamos con las asambleas, el movimiento cambió de orientación y empezó a centrarse en la producción de alimentos”.

El colectivo Tierras Milperas es casi una excepción en el mundo de la migración, donde el individualismo del ascenso social resulta hegemónico. Se diferencia por su vocación comunitaria, por utilizar semillas nativas y prácticas agrícolas tradicionales, pero también por el intercambio de conocimientos entre las familias y los métodos ecológicos. También han creado espacios de intercambio de saberes intergeneracionales con los jóvenes, mediante el grupo Cultivando Justicia.

Una de las características del movimiento es la solidaridad con “las luchas globales campesinas e indígenas por la soberanía territorial y alimentaria”, como reza su portal. En particular, con la comunidad coca de Mezcala (Jalisco), en agroecología para la universidad indígena y campesina que están construyendo. La presencia de Rocío, que debió salir de México hace dos años por las amenazas del “empresario” que había ocupado ilegalmente sus tierras, contribuye a fortalecer los vínculos.

Luego de un breve recorrido fuera de la ciudad, llegamos a la asamblea, en la que participa casi un centenar de personas. Cada quien se va presentando en la enorme ronda que han formado. Algunos llevan décadas cultivando, mientras otros reconocen que están aprendiendo. Jitomate, chile, habas, ajos y maíz son los cultivos más nombrados en la asamblea.

Algunos mayores explican que la cuestión no es sólo el consumo de alimentos sanos. Don Lalo asegura que “cultivar es una medicina, ayuda a nuestra mente”. A su lado Cristino enfatiza la identidad: “La huerta me hace recordar de dónde vengo y hace que regrese relajado a mi casa”.

Al finalizar la extensa asamblea, cuando cae la tarde, las familias comparten las comidas que llevaron hasta este lejano rincón, ya que las autoridades y los dueños de las tierras no ven con buenos ojos estas reuniones masivas que les resultan sospechosas. Coincidencias de la vida, la asamblea en la que participamos se realiza en el predio de una familia sirio-palestina ■



Extracción de palma africana en Ecuador. Foto: Nathalia Bonilla

EL FLAGELO DE LA PALMA ACEITERA EN ECUADOR

LA MESA DE PALMA SUSTENTABLE (RSPO) LEGITIMA A LAS EMPRESAS DEPREDADORAS

NATHALIA BONILLA (ACCIÓN ECOLÓGICA)

En Ecuador actualmente existen 270 mil hectáreas de palma aceitera sembradas. Esta cifra ha fluctuado a lo largo de los años, viéndose afectada especialmente por la pudrición del cogollo. Por otra parte, sólo cuatro grupos empresariales cuentan con la certificación RSPO (Roundtable on Sustainable Palm Oil): Organic Supply S.A, Industrial Danec S.A, Natural Habitats Americans B.V. y el Holding La Fabril S.A.

Este último agrupa a la empresa Energy & Palma, que ha sido denunciada en los últimos años por comunidades del norte de Esmeraldas, donde posee 11 mil hectáreas de plantaciones. Las acusaciones versan sobre contaminación de fuentes de agua, violación de derechos laborales y despojo de territorios comunitarios. Incluso, Energy & Palma ha judicializado a defensores de la Comuna Barranquilla de San Javier con una demanda civil por 350 mil dólares, aduciendo supuestos daños y perjuicios.

El Grupo de Trabajo de Empresas y Derechos Humanos de las Naciones Unidas, conjuntamente con siete mecanismos especiales, emitió un comunicado conjunto sobre este caso, dirigido a Ecuador, Estados Unidos, Suiza, Nestlé, PepsiCo, La Fabril y a la RSPO manifestando su preocupación por un aparente uso abusivo del sistema penal en contra de defensores de derechos. A pesar de haber recibido este comunicado de manera directa, la Mesa de Palma Sustentable (RSPO) simplemente no respondió a dicho comunicado y continuó certificando a Energy & Palma/La Fabril (<https://spcommreports.ohchr.org/TMResultsBase/DownloadPublicCommunicationFile?gld=27475>).

Según los principios y criterios de la RSPO, mantener quejas legales contra comuneros o sobre tierras sembradas de palma constituiría un impedimento para otorgar la certificación. Por tanto, estos hechos deberían haber imposibilitado que La Fabril renovara su certificación, a pesar de la queja for-

mal presentada por la comunidad y el comunicado de la ONU. Sin embargo, la recertificación se realizó de manera expedita, en medio de cuestionamientos y preguntas sin respuesta.

El sistema RSPO merece varias observaciones. Si bien afirma garantizar la producción de palma aceitera sustentable que proteja el ambiente, los derechos colectivos de las comunidades y el trabajo rural, fomentando la sostenibilidad y evitando daños, en la práctica esto no se cumple. En realidad, facilita el acceso de grandes empresas al exigente mercado europeo.

Su sitio web, única vía de ingreso para quejas comunitarias, está en inglés y requiere completar un complejo formulario con implicaciones legales, dificultando el acceso a comunidades rurales que carecen de recursos como electricidad, internet y dominio del idioma. Pareciera un sistema diseñado para favorecer a empresas con el respaldo de grandes ONG conservacionistas.

Superando estas adversidades, la Comuna Barranquilla logró presentar su queja en mayo de 2023. Durante este proceso, Energy & Palma continuó su certificación, recibiendo la visita de la auditora brasileña IBD, que se reunió sólo con personas afines a la empresa, excluyendo a la comuna y al sindicato de trabajadores. Incluso, la RSPO negó que tal visita estuviera programada.

Ante las denuncias, los auditores de IBD se vieron forzados a regresar al territorio y recopilar testimonios. Igualmente visitaron los lugares donde la planta procesadora de aceite descarga agua pestilente y turbia directo al río, pero sin tomar muestras de los lugares supuestamente contaminados para análisis de laboratorio. Se acordó con los auditores que compartirían el informe con la comuna. No lo hicieron, pero emitieron la certificación favorable a Energy & Palma sin mayor trámite.

Cabe señalar que en el 2020, a raíz de una queja previa de la Comuna, el Ministerio del Ambiente ecuatoriano visitó la

zona, recorrió las instalaciones de la empresa, tomó muestras de agua, pero nunca informó sobre los resultados de esos exámenes.

Esto evidencia no sólo la falta de metodología científica por parte de los auditores de la RSPO, sino también los antecedentes de opacidad de las autoridades ambientales al no transparentar los análisis realizados en la zona, con anterioridad, ante denuncias de contaminación.

Por otro lado, la queja formal de la comuna ante la RSPO sólo ha avanzado un 12%. Contrasta la celeridad en otorgar certificados versus el excesivo tiempo para resolver denuncias comunitarias. La falta de metodología científica, el inadecuado procesamiento de testimonios y la aparente política de ignorar cualquier denuncia evidencian un sistema que pareciera priorizar los intereses empresariales.

Actualmente, el Holding La Fabril ostenta la certificación RSPO, vigente hasta 2030, lo que genera inquietudes sobre la imparcialidad y real funcionalidad de este mecanismo: ¿abrir mercados o garantizar sustentabilidad? ■

Caminos ilegales para la extracción de palma africana en Ecuador. Foto: Iván Castaneira



CUANDO DEJAMOS DE SER KOMUUN



Tres hermanas contemplan el Volcán de Agua desde Ciudad Antigua, Guatemala. Foto: Enrique Carrasco S. J.

KAJKOJ MÁXIMO BA TIUL

Uno de los principios fundamentales del gobierno indígena es el “mandato”, que nace del *komuun*. Esto implica que las autoridades, sean éstas perpetuas como el Laj Mam de Santiago Atitlán o autoridades que se renuevan cada dos o tres años, como son en su mayoría, saben que “mandan” obedeciendo a las comunidades o *komuun* y a los pueblos que los eligen para proteger los bienes comunes o los bienes territoriales.

Hoy hay una cantidad de personas quienes se autodenominan “autoridades” porque fueron electos por las ONG o movimientos sociales y les entregaron una “supuesta vara”. Sí, digo “supuesta vara”, que se ha convertido en un adorno, así como las “invocaciones” que hacen “guías espirituales” en los parques, hoteles, salones de reunión. Este modo de “ser autoridad” no le ha hecho nada bueno a los pueblos y comunidades, porque no actúan bajo el principio del mandato originario, sino bajo la lógica del mandato occidental, jerarquizada y represora.¹

Aquí, es importante comprender el concepto de “voluntad colectiva”. Sobre esta lógica, las autoridades comunitarias y originarias no se representan a sí mismas, sino representan la voluntad de la comunidad. Las luchas y las movilizaciones son decisiones comunitarias, por lo tanto, que alguien participe en cualquier espacio de gobierno, que no es malo, se supone que fueron consensuados con los pueblos, comunidades y colectivos.

De ahí la idea de comunizarnos. Los pueblos originarios siempre piden que vivamos la “comunidad”. De ahí la idea del *komuun* como el lugar para las decisiones políticas, económicas, sociales, culturales y religiosas de los pueblos. Este

komuun, lo antecede el *nukuj*, que es la preparación, ensayo, iniciación. Entonces, cabe la pregunta: ¿Cómo se prepararon las actividades para los 106 días de movilización? ¿Cómo se prepararon quienes ahora están compartiendo gobierno?

El mandato recibido de los colectivos no fue dirijan y busquen puestos en el gobierno, sino dirijan la movilización, endurezcan esta cosa para fortalecernos y al final quienes reciben homenajes son quienes se están aprovechando de los 106 días de movilización, que libraron los pueblos y no las famosas “varas”² ahora firmando acuerdos y haciendo propuestas al gobierno, sin que esto sea la realidad que viven los pueblos que están en lo más profundo del país. Por ejemplo, no es lo mismo conflictividad agraria que disputa territorial. No es lo mismo comprar nuevas tierras que recuperación de las tierras. No es lo mismo educación desde los pueblos originarios que educación bilingüe intercultural. Así podríamos poner más ejemplos.

Dejar la comunidad y el mandato que de ella viene es como dejar empeñado todo el “espíritu” en manos del sistema. “Durante el gobierno de Arzú, hubo manifestaciones de movimientos indígenas para exigir la ratificación del Convenio 169 y al mismo tiempo reuniones con académicos indígenas en el palacio nacional. Arzú en ese momento les dijo: ‘Yo prefiero a ustedes y no a los indios que están haciendo relajo en las calles’”. Hoy tal vez no les dicen eso, pero los tienen calladitos: el Ministerio de Energía y Minas emite su acuerdo para darle prioridad a las empresas hidroeléctricas para acumular agua, sin pensar en las comunidades que no tienen agua para tomar. O la extensión de la licencia a Perenco, que, aunque digan que no va a pasar en la zona de reserva, sí pasa en los territorios indígenas. O la licencia de la Minera Cerro Blanco. Pero ningún funcionario indígena opina ni reclama. Ahí se olvidaron las consignas de la calle.

Quien ha asumido un puesto en el Estado ha dejado de ser comunidad. No obedeció el mandato de la comunidad y se constituye como emisario del Estado para llevar al Estado hacia las comunidades, y entonces pone cuesta arriba el derecho a la autonomía y la libre determinación de los pueblos, que significa autogobierno y recuperación de tierra y territorio.

El *kaxkol* (k’iche’), *rahil wank* (q’eqchi’), *tikilal* (poqomchi), que tanto repiten en diferentes actividades, es sólo un símbolo. Por eso no tiene sentido que se nombren “representante” de “x o y” red de “ancestrales”, porque ya no lo son, ahora son “funcionarios de gobierno”, y de esa cuenta el presidente los seguirá necesitando para dos cosas: 1) mínima gobernabilidad y 2) controlar a las comunidades, y el “dolor” y su “vara” será el salario.

De ahí lo que dice Arévalo: “Vamos a necesitar a la nación con sus pueblos para este proceso”.³ Eso quiere decir que seguimos siendo los mozos colonos del sistema y desprotegiendo a nuestras comunidades, tratando de llevarles un modelo de desarrollo y de igualdad, que es la muerte súbita de los pueblos ■

KAJKOJ MÁXIMO BA TIUL, antropólogo maya poqomchi de Guatemala.

NOTAS:

1. De estos últimos conocemos muchos casos, incluso se sabe que algunos que compitieron como candidatos a gobernador fueron a las comunidades a pedir firmas para avalar su candidatura, bajo el ofrecimiento de plazas y proyectos; como dice el refrán: “Cuando el río truena, es porque piedras lleva”.
2. Facebook, visto última vez el 10 de abril de 2024.
3. <https://www.facebook.com/FundacionMagGuatemala/videos/297309573242945>, visto última vez el 10 de abril de 2024.

LOS SABORES DE LA COCINA HÑÄHÑÜ

UN PASEO POR LA GASTRONOMÍA DEL MEZQUITAL

JUSTINE MONTER-CID

Santiago de Anaya, Hidalgo. El municipio hidalguense se vistió de manteles largos en su 43ª Muestra Gastronómica recibiendo durante dos días a miles de estómagos vacíos ávidos de los sabores de la cocina tradicional hñähñü. En varios kilómetros a la redonda, aquella sede se volvió fiesta y, sobre todo, gula. La organización era muy simple: al menos tres calles abarrotadas de puestos de comida y bebida y al centro del municipio la Muestra, con los más de mil participantes esperando el veredicto de los jueces golosos.

Cada metro estaba abarcado por una o dos cocineras y era imposible escaparse a la tentación de probar esto y aquello. Los menús eran muy variados, iban desde la variante vegetariana, la carnívora y, por supuesto, tratándose de cocina tradicional hñähñü, la variante entomofágica. Los sabores subían de tono si se buscaba algo más elaborado. Por acá se tenían tacos y quesadillas de carnes poco imaginadas, denominadas exóticas: jabalí, tlacuache, coyote, ardilla, zorrillo, lagartija, víbora (y la lista continúa). También carnes de aves como la codorniz, el correcominos y la paloma. Por allá, las flores y plantas comestibles. Todo un Edén de sabor: gualumbos, flor de sábila, quelites, flor de palma, flor de mezquite, flor de garambullo. No faltó el huitlacoche y los nopales asados en penca de maguey. Todos sabores muy solicitados y sabrosos para acompañar con una tortilla de maíz azul.

La cocina tradicional del Mezquital se caracteriza sobre todo por los platillos con insectos. La Muestra parecía un insectario y los olores distinguían a cada bicho sobre el comal. Los más consumidos y cotizados por los visitantes eran los escamoles, los chinicuiles, los xä'ues, las chicharras de maguey, los chapulines y los caracoles. El modo de preparación de estos variaba, iba desde lo más básico, asados con sal, hasta lo más elaborado, al estilo de barbacoa hidalguense, cocinados en pulque y acompañados con salsa picosita de xoconostle y chile morita, por ejemplo. Y es que no podía faltar la presencia de la bebida predilecta hidalguense: el pulque.

Coronando la Muestra, el rey pulque tuvo su certamen el segundo día, presentando curaditos de toda variedad. Pulque de xoconostle, de calabaza, de mezquite, de cacahuate, todos servidos en penca de maguey y almacenados en cuero de chivo. En la vendimia se agotaban los pulques de apio y piña, de piñón, maracuyá, guanábana y más. Se miraban filas de gentes para beberse un pulquito frío al calor del Mezquital. Otros preferían las nieves de limón, tequila, café, naranja, fresa. Ese mismo día, los sabores dulces fueron galardonados. Hubo galletas, panes, empanadas, panqués de nopal, pulque y xoconostle. Incluso mermeladas.

La venta del xoconostle rojo destacaba a la vista junto con la flor de maguey, los había por pieza o por kilo, siendo estos dos ingredientes indispensables en la cocina tradicional hñähñü. También se asomaban las habas secas, los frijoles y los aguacates criollos deliciosos, todos sabores y productos de la región del Mezquital. Hubo quien vendiera chiles secos: guajillo, morita y de árbol, chiles que rebasan en todo a los chiles de exportación china que abundan en los mercados del país. Y la variedad lo dejaba a uno como inmóvil, pues uno no sabía qué llevarse y qué no. El gentío cada vez se ensanchaba más y uno se dilataba entre los pasillos, ya las cocineras padecían la carencia de sus mejores ingredientes y platillos, ya no hay salsa ni tortillas, sólo estómagos contentos y agradecidos con Santiago de Anaya. "Habrä que volver", alguien dijo poray.

Si bien esta fiesta culinaria enseña una mayúscula variedad de ingredientes y preparaciones, hay que decir que la cocina tradicional hñähñü pocas veces es tan abundante y próspera. La región del Mezquital es árida y escasean las lluvias todo el año. No siempre hallaremos colmadas las cocinas otomíes con tales platillos. Se debe entender la Muestra Gastronómica de Santiago de Anaya como una idealización de la cocina tradicional hñähñü, llena de ornamentos y "modelos" de cocina. No está mal, pero no refleja la pesada realidad del Mezquital.

UNA COCINA HÑÄHÑÜ

La cocina tradicional de doña Porfiria Rodríguez Cadena también fue escenario de esta aventura gastronómica, siendo este lugar un rincón en Santiago de Anaya que alberga todo el sabor de la cocina hñähñü. Un lugar modesto y con un amplio patio para los comensales, la cocina de doña Porfiria es un muestrario de la cocina tradicional de la región, dividida en dos secciones: la de los guisos y la de quesadillas, nomás. En tan poco espacio se cocinan mejores platillos que en cualquier restaurante pretencioso. Los guisos aparentan ser sencillos —dos o tres ingredientes— pero su elaboración es más compleja, toda realizada sobre fogones de leña, metate y molcajete. Todo se cocina tradicionalmente. Sin embargo, doña Porfiria también usa cocina de gas cuando hay que abastecer a muchos comensales a la vez. Caso recurrente.

Los guisos se cocinan en olla de barro acompañados con tortillas de comal. La variedad puede ser aturdidora: mole con escamoles, pipián con conejo, frijol con pata de borrego, tortitas de camarón, caldo de habas, frijol quebrado, chiles cuaresmeños rellenos de escamol y epazote, huanzontles en mole rojo, chicharrón en salsa de xoconostle, tinga, y la lista sigue, pero antojaría de más a los lectores. Del lado de las quesadillas, que en otra modalidad podían ser tlacoyos, están los guisos de flores y los bichos asados ya enlistados anteriormente. Todo manjar acompañado con su respectiva salsa de xoconostle, limón recién arrancado del árbol y aguacate criollo. No faltó el pulque junto con su destilado y otras exquisiteces que un camarada vendía ahí mismo.

Para los más abstemios, el agua de xoconostle de doña Porfiria es un vuelvo a la vida de sabor. Fresca y dulce, aquella agua de tuna roja hace que el taco se pase más fácil. En tanto, uno se llena la boca gustosamente con una quesadilla de chinicuiles y otra de huitlacoche. La sopa de habas es de otra categoría, con un toque fresco de yerbabuena para el calor. La cocina de Porfiria Cadena tiene ya tres años existiendo para dar a conocer la singularidad de la cocina tradicional del Mezquital con más de cincuenta reconocimientos regionales y nacionales otorgados por su excelente sazón. Abierto de lunes a domingo, desde las 9 de la mañana y hasta las 7 de la tarde, este rincón de sabor solicita paladares inexpertos que gusten de atreverse a probar sabores ajenos a los ya conocidos.

Aventurarse en la gastronomía hñähñü es ensanchar el panorama que se tiene sobre las cocinas tradicionales indígenas del país, destacando la originalidad de ésta sobre otras cocinas mexicanas con más reconocimiento. Y como se dice en el Mezquital: todo lo que camina, corre y vuela, va pa' la cazuela.

UNA RECETA DE CORTESÍA

Para aquellos lectores que gusten hacerse de una salsa de xoconostle al estilo de la cocina tradicional hñähñü:

Ingredientes: de tres a cuatro xoconostles, un cuarto de cebolla, dos dientes de ajo, dos chiles moritas (no puede ser otro) y tres chiles de árbol (de este depende el picor). Todo debe asarse al comal. Una vez asados los xoconostles, se les parte por la mitad y se les quitan las semillas. Se agrega sal y pimienta al gusto y en conjunto armónico se licua. Y listo, ya tienes una salsa de xoconostle lista para acompañar un taco, un totopo o una tostada. También sirve para apantallar a uno que otro escéptico de la ingesta de frutos del cactus ■



Arriba: Letrero de la cocina tradicional de doña Porfiria Rodríguez Cadena. Abajo: Insectos comestibles en la 43ª Muestra Gastronómica de Santiago de Anaya, Hidalgo, abril de 2024. Fotos: Justine Monter Cid





El "burro alebrije" obtuvo el segundo lugar en la 59ª Feria Nacional del Burro. Otumba, Estado de México, 1 de mayo, 2024.
Foto: Justine Monter Cid

LA FANTASÍA ANDA EN BURRO

HERMANN BELLINGHAUSEN

Otumba, Estado de México

Cuando **La India María** triunfó en el pueblo ficticio de San José de los Burros (*Tonta tonta, pero no tanto*, película de Fernando Cortés, 1972) resultaba inimaginable el impacto que tendría para el pueblo mexiquense de Otumba, otomí de origen, el cual se volvió referente nacional del simpático équido. El famoso burro Filemón y la entonces popular caricatura humana de una "María" de aspecto mazahua dieron notoriedad a la carnavalesca feria dedicada al burro desde 1965, que en 2024 se realiza por 59ª ocasión.

Otumba, lugar de una heroica batalla del imperio mexicano contra el invasor Hernán Cortés, se encuentra en el corazón del país del pulque y fue durante la modernidad un símbolo del ferrocarril mexicano. Hoy es ante todo un referente continental de la conservación y celebración de los burros domésticos, con un santuario único, llamado Burrolandia, y una fiesta hoy popularísima. Este animal, por extraño que suene, se encuentra en peligro de extinción en México.

Este primero de mayo, como cada año, culminan los cuatro días la Feria Nacional del Burro, con la asistencia de miles de personas que rebosan el tianguis ferial y el Burródromo instalado para la ocasión, donde compiten los burros adornados procedentes de diversos pueblos de la región. La fantasía aquí anda en burro.

Los primeros participantes son "el burro pirata", parche y todo, y el llamativo "burro alebrije" pintado y decorado como piñata cósmica con alas y su comparsa de hombres de colores, pertenecientes a Agua Potable. Éste obtendrá el segundo lugar. Los sigue el "aerostático", en referencia a los globos voladores que se han popularizado aquí cerca, en Teotihuacán. Luego vienen el "burro Santaclós", con motivos navideños, la "burrita carnavalesca" y su comparsa de hombres enmascarados vestidos de mujer, la "burra que se casó" arrastrando su vestido de novia mientras su comparsa arroja arroz al público; procede de Axapusco. Causa sensación, y a la postre resulta ganador, el "burro cazador de brujas", procedente de Cuatlingo, el cual tira una carreta enjaulada con brujas y guajolotes adentro, un Cristo crucificado encima, y arrastra niñas brujas rumbo a la hoguera; la estampa es oscura, comparada a las demás coloridas bestias concursantes.

Hay un rejego "Canelo Pérez" (sic) con protector de prácticas en la cabeza y una comparsa de pugilistas que lo arrear. Desfilan también "Shakira", cargada de implicaciones sexuales de pelucas rosas ("las burras no lloran, las burras facturan", explica el animador del evento), y las "burritas en primavera" adornadas con flores.

La pista asnal, "el burrodromo más grande de Latinoamérica", parece un coliseo romano a reventar. Un hombre carga un botellón y regala a los asistentes vasos con el blanco néctar de los dioses. Antes del climático desfile se jugó un partido de polo sobre burro entre los equipos Pachuca y América, ganado 7-4 por el primero. También se realizaron carreras de



María Elena Velasco, "La India María" y su burro Filemón. Promocional de los años setentas.

burro Fórmula 1 y Fórmula 2, y un concurso de rebuznos de participación voluntaria. El puro desmadre.

Por las inmediaciones de la feria que ofrece comida, artesanías, cheladas estrambóticas, curados de guayaba, la gente pasea jumentos vestidos con cortinas de tul o pantalones y sombrero. La fuentecilla del cruceo muestra un burro y un tlachiquero a su lado, pues la imagen típica de los pulqueros incluye al animal de marras.

Así transcurre en Otumba el día más importante del año, considerado uno de los diez carnavales más raros del mundo ■

EL ESTRUENDO Y LA FURIA

BANDAS CONTRA HOTELEROS EN MAZATLÁN

RAFAEL TORRES SÁNCHEZ

UNO

Comenzó, a principios de marzo, como una desavenencia originada por un aviso que prohibía la contratación de bandas para tocar en la playa frente a cierto hotel. La restricción, explícitamente, se dirigía a los huéspedes, no a los músicos, a quienes ni se prohibía que tocaran ni, menos, que transitaran por la arena en busca de clientes. Después de todo, en la zona dorada de la Perla del Pacífico no faltan diletantes de esa música, a diferencia de otros que se registran no únicamente en las recepciones de la zona dorada sino también más abajo, en áreas plateadas y, finalmente, cobrizas —siguiendo a la edad de los metales— del puerto, especialmente en Olas Altas y playas alejadas, separadas de los altos y chaparros ventanales y balcones por el malecón y la Avenida del Mar.

En pocas horas, atizada por las redes sociales presas de la piromanía chauvinista y xenófoba, la desavenencia se convirtió en estira y afloja entre los representantes de las bandas, los conjuntos norteños, las autoridades municipales y los empresarios hoteleros. Uno de ellos, dado al protagonismo, tomó la palabra para exigir, frente a las cámaras y a propósito del estrépito que crispa los nervios de numerosos turistas, amenazando con precipitarlos en una temida e indeseable fuga, que cese de una vez por todas el escándalo omnipresente en el puerto, aunque en su diatriba sólo entraran las bandas playeras, el transporte público y los vehículos particulares. Ernesto Coppel Kelly, el multimillonario mazatleco fundador y presidente del Grupo Pueblo Bonito, serie de hoteles y resorts de lujo ubicados en varias entidades del país, de los que él mismo es dueño, olvidó el paseo de los decibels del jueves por la noche, en el que autos de numerosos y diversos modelos, motocicletas, pulmonías profusamente iluminadas, aurigas, como se les dice a los descendientes mecanizados de las desaparecidas arañas, a las que Martín Luis Guzmán les dedicara uno de los capítulos de *El Águila y la Serpiente*, camionetas y otros vehículos compiten de manera tácita para ver cuál de ellos lleva a cuestras, a vuelta de rueda, la bocina más potente a lo largo del malecón, durante el horario prescrito por las autoridades municipales, a fin de que a las diez de la noche los carruajes del cortejo salvaje recuperen su forma original de calabazas y la calma acaricie con su brisa las persianas de hoteles y condominios, caserones pasados de moda y pequeños departamentos que aún se resisten a la venta desventajosa inducida por una gentrificación que la mojiganga enardecida reduce vaga y líricamente a un problema de estilos musicales, si cabe la expresión —la genuina tambora tradicional, prácticamente extinta como el callo de hacha, tocaba por nota—: banda contra música clásica, a la que, por definición, tacha de extranjerizante, situando al frente de esa quinta columna vista como una amenaza que es urgente conjurar mediante la expulsión de sus efectivos, a los estadounidenses, sin mayor distinción ni matiz. Uno de los memes que circuló en las redes mostraba, en esta esquina, a una banda, y en esta otra a Mozart, acompañado por las notas del *Allegro*. Tal cual.

Como el puente de la hotelería, la mojiganga, que saltó velozmente del estira y afloja virtual a la Avenida del Mar, pasando en el trance de los gritos feisbuqueros al do de pecho potenciado con amplificadores, no escapa a la amnesia ni a

las imprecisiones, en virtud, tal vez, de que para ella la Plazuela Machado y las numerosas manzanas que la circundan, remozadas de dos décadas a esta parte y propiedad en su mayoría de estadounidenses avocados en el puerto, rebasan las fronteras de su interés o están vetadas por los reglamentos municipales y la policía que vigila su cumplimiento minimiza el proceso de desplazamiento social y apropiación del espacio privado —y público, por tácita extensión— confinándolo en el cuadrilátero del clamor fajador y el sosiego contra las cuerdas.

En aquellos rumbos machadianos otrora populares y de clase media, la borrachografía es impotente a la hora de sumar contrataciones exprés y jolgorios huracana-

dos. El contraste auditivo entre ese perímetro y las playas sumidas en una saturnal interminable, según el teodolito de la empresaria Cristina Ibarra Sinclair, es palmario, tanto como los precios elevados de los restaurantes, bares, heladerías y cafés, entre otros giros mercantiles que funcionan en un ambiente tranquilo y seguro, hasta donde es posible. Efectos de la gentrificación que la parada festiva y relajenta reduce al enfrentamiento pugilístico del blanco, mentón apoyado en un violín, y el negro, constreñido por la boa metálica de la tuba, bello y potente instrumento exigido al máximo por el estrépito que la desvirtúa, llevándola a crispas los nervios no sólo de los turistas extranjeros de alto poder adquisitivo a los que se refiere el indignado empresario Coppel Kelly en su alegato contra el ruido, sino también a numerosos visitantes nacionales menos inclinados a la estridencia que a la armonía

PASA A LA PÁGINA 13 ►



Sin título, 2024. Pintura de Lamberto Roque Hernández

rítmica y melodiosa. Al exigirle a las autoridades que apliquen las leyes y regulen de una vez por todas la farra interminable, el propietario de Pueblo Bonito no propone nada edificante y que preserve la fuente de empleo al servicio del turismo nacional afecto a los filarmónicos playeros, clientela que viene a Mazatlán “a destramparse”, según otro feligrés del guateque a grito pelado. ¿Cómo podría suceder de manera distinta? A la exigencia empresarial la motiva, naturalmente, la “creación de riqueza”, dice ingenuamente el empresario que se acompaña de la guitarra para cantar *El corrido de Mazatlán*, conocedor de otras letras de la tradición musical sinaloense guardadas en el baúl de la íntima tristeza reaccionaria para cuando se ofrezca entonarlas. Como si el capital, en lugar de apropiarse de la riqueza generada por el trabajo humano, la creara sin explotarlo, con un toque de varita mágica. Nada más fácil, según el acaudalado y extrovertido magnate de ascendencia alemana, como las propias e itinerantes bandas que tanto le molestan por el riesgo que implican para las utilidades de sus resorts y hoteles de lujo, que ponerles un hasta aquí mediante la aplicación de las leyes. ¿Construir un *bandódromo*? Bonita ocurrencia que preferiría dejarle a las autoridades. Éstas, ni tardas ni perezosas, han colocado ya los primeros ladrillos de tan importante edificación, mediante el acuerdo alcanzado con los ejecutantes del clarinete y el trombón ajenos a la partitura y al atril: podrán tocar en las playas hasta la diez de la noche —primero se habló de las diecinueve, luego de las veinte y por último de las veintidós horas— y, alcanzado el límite, deberán irse con su murga a otra parte, una glorieta y un estacionamiento habilitados para la juerga junto a un hotel, para colmo de bienes, ubicado en la disputada zona áurea. De esa forma persiguen las autoridades que los filarmónicos de la arena y el solazo se bajen de la yegua bronca del regionalismo agresivo y fundamentalista: *al que no le guste la banda y quiera descansar, mejor que se quede en su casa*, ha vociferado en días pasados otro de los trashumantes del jaleo con todo y micrófono, por si hiciera falta. “Somos rehenes del turismo”, —advierte Ibarra Sinclair. “Esto va más allá de la banda. El tráfico, la falta de agua en las colonias, el peligro de chocar y otros. La gente ‘ahogada’. Es un ambiente pesado”. ¿Ser empresaria anula la razón que asiste al malestar generalizado que prefiere no expresarse para no irritar más a la mojiganga desbocada? ¿Y si lo dijera un profesor o un artista plástico o un músico de cámara o, vaya, un solitario de la contemplación crepuscular y el pelicano que se mece en la boya? ¿A la hoguera con ellos también por *amátridas* y enemigos de los valores y tradiciones culturales de la Perla del Pacífico?

Para el capital las obras sociales nunca han sido prioritarias, salvo las que eventualmente realiza la filantropía interesada en la condonación de impuestos, cuando no, de plano, en la permisibilidad hacendaria que favorece el rodeo de las obligaciones fiscales sin mayores consecuencias. Por más que el estruendo y la furia que incendia el diario que a diario del puerto mazatleco afectando a propios y extraños, y aunque la precaución resignada estuviera en la base de la reticencia a criticar el paso del convite frenético que sigue creciendo, como los decibeles —se habló de una amenización multitudinaria denominada “El eclipse de los gentrificadores”, aludiendo al suceso astronómico del ocho de abril y al destierro de la gallina de los huevos de oro, convocando a establecer el récord Guinness de la mayor tocada de banda sinaloense *del mundo*, puntada y campanazo geográfico incomparable—, son numerosas las personas que, diferencias de por medio, coinciden en que es necesario, saludable e impostergable el acotamiento del estrépito ambiental porque *a Mazatlán se viene a pistear, a oír la banda*, a consumir aditivos para impedirle la entrada al amanecer que termina con todas las fiestas, *mi gusto es / y quién me lo quitará*, y si lo intenta, como el presidente de Pueblo Bonito —no mágico, ya que los precios de sus establecimientos enclavados en playas mazatlecas y de otros estados del país como Baja California y Quintana Roo, además de sitios alejados del mar *que siempre recomienza*, San Miguel de Allende entre ellos, son estratosféricos para el turismo nacional de la media hacia abajo, ese que *pa’riba voltea muy poco*—, en su salud lo hallará. Y como *pa’bajo no sabe mirar* el fundador y presidente



Banda musical durante la Revolución en Sinaloa, abril de 1912. Colección Miguel Tamayo, Archivo Histórico General del Estado de Sinaloa

EFFECTOS DE LA GENTRIFICACIÓN QUE LA PARADA FESTIVA Y RELAJENTA REDUCE AL ENFRENTAMIENTO PUGILÍSTICO DEL BLANCO, MENTÓN APOYADO EN UN VIOLÍN, Y EL NEGRO, CONSTREÑIDO POR LA BOA METÁLICA DE LA TUBA

de Pueblo Bonito, tampoco se acuerda de la Isla de la Piedra que, nombre es destino, en cuanto a servicios turísticos se encuentra en el Paleolítico. Un solo hotelito funciona allá, por el momento, y las nubes de vendedores que sobrevuelan las mesas de las palapas como gaviotas al camaronero cuando no hay piojillo y el barco traspone la rada con los depósitos pletóricos del crustáceo, vuelven insostenible una comida sin sobresaltos, un chapuzón relajado o la admiración arrobada de la inmensidad salobre. Unas cosas por otras, de modo que, sin abrirse paso a codazos, las bandas pioneras no tienen necesidad de embarcarse para estremecer dos o tres de aquellas palapas en virtud de que, en rigor geográfico, La Piedra no es isla, y al no serlo permite el acceso en auto, motocicleta, camioneta, incluso camión. Hace menos de una década eran pocos los vehículos de motor que circulaban a través de la calle polvorienta. Pero parió la abuela y a ver cuándo se plantan los primeros semáforos y se tienden las primeras banquetas. Tal vez los hoteles lleguen con ellos bajo el brazo, como la torta de los nietos. Por lo pronto, el visitante tiene que ver hacia todos lados a fin de preservar su integridad física entre las nubes de polvo levantadas por motos, autos, cuatrimotos, tractores y bicicletas que ruedan juntos y revueltos por la única calle encementada del lugar dándole duro al escape abierto, al fin y al cabo el ruido ya fue

reconocido entre los rasgos de identidad cultural sinaloense, independientemente de los metales con fotografía tamaño credencial como identificación civilizatoria.

DOS

A principios de los últimos años noventa, en ocasión de impartir un curso en cierto posgrado sostenido coyunturalmente por la Universidad de Santiago de Cuba y por la Universidad Autónoma de Sinaloa en una de sus sedes mazatlecas, fui invitado por los estudiantes a cenar, como se acostumbra —o se acostumbraba— celebrar el término de tales actividades escolares. El restorán que escogieron los alumnos lindaba el rumbo de La Marina. La iluminación y la euforia apenas dejaban ociosas las copas y las botellas de cerveza. La estridencia ambiental no permitía la charla, salvo a gritos, y eso a fin de articular alguna frase deshilvanada, disparar una broma al vecino de silla o tirarse de cabeza en la carcajada que todo, poco más o menos, estandariza en la famosa neutralidad valorativa referida, para el caso, a una noche de ronda abundante en monosílabos ensalivados y locuaces, cercanos a las miradas furtivas e intencionadas, o huecas, y al *nonsense* cebrado por la luz giratoria e incesante, como el rayo del poeta valenciano. “¿Le gusta el restorán?”, me preguntó una de las estudiantes, remontando el fragor. En vista de que mi respuesta afirmativa pero sin énfasis no la convenciera, porfió, con franqueza inconfundiblemente lugareña y desenfadada —después de todo, el curso ya había terminado, argumentó, apalancando el lance—: “Es que parece que no le gustara, maestro, como está muy serio, hasta duda una de que de veras haya nacido en Sinaloa. ¿No le gusta divertirse?”. Le di a entender de la manera más amable y comedida, alzando el vaso y sonriendo, que la dificultad para comunicarme no entraba en las modalidades de la diversión que personalmente prefiero. Tampoco el ruido ensordecedor. *Y así la música siguió y siguió no toda la noche hasta que amaneció*, por fortuna, sino durante unas dos o tres horas más, hasta que, inesperada y felizmente, cesó, como los tambores de Calenda y las trompetas bíblicas, sin que yo dilucidara de inmediato si se abría una pausa o ya iban a cerrar el sitio. Inferí que sucedía esto último al ver que el timonel de la expedición nocturna le hacía el jeroglífico aéreo de la cuenta al mesero. Sólo entonces pudo entablarse el principio de una conversación que no avanzó a mayores. La externo ahora dada la premonición que encerraba. Sucedió que otro de los alumnos me preguntó si podía sugerirles algún tema de investigación. Les sugerí, en virtud de que para escuchar mi respuesta se habían agrupado otros alumnos a quien formuló a título personal tan importante y pertinente cuestión,

que un buen proyecto podría elaborarse colectivamente, tomando en cuenta la filiación ideológica de las instituciones educativas que avalaban el posgrado, cuya segunda parte, a propósito, proseguiría en la patria de José Martí. Esto último implicaba para los alumnos y para los organizadores del posgrado un estímulo adicional a la liberación de la carga de trabajo y al financiamiento extra que recibían. Mi sugerencia fue que procuraran, en calidad de aspirantes al grado de Maestros en Trabajo Social y Antropología, y aplicando desde luego las herramientas teóricas y metodológicas del método científico —como se pretendía entonces más que en la actualidad—, que la sociedad mazatleca se convenciera de la necesidad saludable, impostergable e imprescindible, de bajarle tres o cuatro puntos al volumen del marco auditivo de la escena no únicamente de cantinas y restaurantes, sino de la extensión geográfica del puerto que el porvenir inmediato ampliaría, cuando el capital se decidiera a proyectar en grande e internacionalmente los atractivos de Mazatlán que habían enamorado a José Alfredo Jiménez y antes de él, entre muchos otros, a Jack Kerouac, a Anaís Nin, a D. H. Lawrence, a Raúl Capablanca, a Pablo Neruda, a José Ángel “Mantequilla” Nápoles y todavía más, mucho antes de ellos, a Francis Drake y a Thomas Cavendish, si bien a estos últimos por razones menos literarias y artísticas que filibusteras. “Con tanto ruido es difícil estudiar, ya no digamos reflexionar o, vaya, por lo menos platicar o conducir el auto”, les dije a los alumnos, ganándole por dos pasos al mesero que regresó de la caja con la charola miniada de la cuenta.

Entre las maravillas mazatlecas que nunca se me han vuelto pasado hay una que pulo ahora con un trozo de franela impecable y pulcro como el malecón, a fin de recuperar su brillo y mostrarlo sin menoscabo. Es la decepción que deshizo el esbozo de sonrisa asomada a los rostros de los escolapios —ni la edad, ni los vestidos de noche ni los pantalones largos anulan semejante estatus en determinadas circunstancias— quienes, a todas luces, sin que esto se refiera al lugar común de origen dieciochesco y galo sino a los neones giróvagos de aquel sitio trepidante, esperaban del maestro algo “más serio”, según exclamó abatida otra de las estudiantes que había gastado hacia poco el dinero recibido para la compra de bibliografía en la fiesta de quince años de su primogénita, sea dicho al paso, como los peones que coronó en dos o tres tableros de la simultánea jugada en 1933 en las instalaciones del Club Muralla, con un ojo al adversario y otro a las olas del mar, el gran ajedrecista cubano José Raúl Capablanca.

No rebajemos a ruido el estruendo y la furia, que no somos filarmónicos de viento y tololoche ni hoteleros indignados y exigentes ni tampoco funcionarios públicos hechos a contemporizar ni, por último, turistas agraviados. En el sainete que motiva la recuperación de la anécdota personal, supercalifragilística, espialidosa y más importante aún que ello en virtud de sus alcances sociales, se confunden varias cosas al igualar cebras con mulas y generalizar en el retrovisor de almanaque vociferando en las redes sociales que “el ruido siempre ha estado presente en Mazatlán”, como si hubiera forma de comparar los decibeles pretéritos y disipados en las fumarolas del vetusto transporte público a bordo del que se desplazan los trabajadores y la pobreza, con los que retumban en las murallas de Jericó del presente inmediato y todavía más, como si ya se hubiera realizado un estudio semejante. Convergamos en que sería innecesario y acaso ocioso, para invalidar aquella generalización chovinista, xenófoba y retadora, pensar en tales términos hipotéticos. Bastaría, para idéntico fin, invocar las cifras poblacionales del puerto de los años ochenta y décadas anteriores, el número de vehículos que circulaban por las calles de forma holgada y, sobre todo, las bocinitas modestas y esporádicas, emparejándolas a las ubicuas y omnipresentes bocinotas que avanzan actualmente *de domingo a domingo, cielito lindo*, alcanzando el paroxismo los jueves por la noche, cuando saturan el malecón de arriba abajo y de abajo arriba en una marcha ensordecedora que, ni en los balcones de los pisos superiores de hoteles y edificios departamentales, permite platicar escuchando la voz del



Banda de alientos en Cherán K'eri, Michoacán. Foto: Francisco Lión

**NO REBAJEMOS A
RUIDO EL ESTRUENDO
Y LA FURIA,
QUE NO SOMOS
FILARMÓNICOS DE
VIENTO Y TOLOLOCHE
NI HOTELEROS
INDIGNADOS Y
EXIGENTES NI TAMPOCO
FUNCIONARIOS
PÚBLICOS HECHOS A
CONTEMPORIZAR NI,
POR ÚLTIMO, TURISTAS
AGRAVIADOS**

océano que deleitó a Capablanca cuando se movía ante los tableros de sus voluntariosos adversarios. ¿Para qué abundar en lo obvio, claxonazos terciados y desnutridos que llegaban nítidos al oído gracias a la calma medio ambiental permisible para semejantes subrayados auditivos? Hoy, en cambio, hablaríamos de un perol hirviendo en el que los claxones ya ni se escuchan, ahogados en un mar estruendoso de chunchacas que retumban en cuanto vehículo se estacione a cargar gasolina o pase frente al restorán, cimbrando las tazas del café, si se desayuna, o en la sobremesa que prolonga la comida. ¿Hay excepciones? Pocas, cada vez menos y, sin duda, a un alto costo social, pues la gentrificación no es reductible, reitérese, a lo que percibe otro obnubilado de la urdimbre virtual: un enfrentamiento entre la música de banda, “tradición e identidad regionales”, y un concierto de cuerdas “extranjero y atentatorio contra nuestros valores”. Sin duda, la mayor excepción, en lo que se refiere al ruido como metrónomo de la cotidianidad mazatleca en los tiempos que corren, emulando a los caballos de estatura media y desigual pedigrí, son las ya mencionadas Plazuela Machado y manzanas circundantes, remozadas y habilitadas a un altísimo costo social, según lo dicho más arriba en referencia a un proceso histórico que no hace más que expandirse a lo largo del malecón, donde las elevadas torres departamentales en construcción devoran las viejas casas y los condominios achaparrados y anacróni-

cos que no pueden oponer resistencia a las grúas esbeltas y altas de cuellos alargados como garzas metálicas que engullen pisos con todo y mobiliario, si los dueños se tardan en vender y mudarse a otro sitio. Y eso cuando les va bien. Hay que asomarse a los alrededores de la vieja aduana para ver las últimas casas humildes que quedan antes de que sus propietarios sean orillados a venderlas e irse con su música a otra parte, porque ahí, cuando el capital estadounidense, español, nacional, local y de otra procedencia compre, remodele y venda a precios inaccesibles para los mexicanos, no habrá naranjas dulces que exprimir, ni amargas. Y si se atreve uno a los rumbos que rodean el estadio de fútbol donde juega el equipo local de primera división con más pena que gloria, la gentrificación le mostrará el rostro enlodado o polvoso —según el clima— y hediondo a aguas pútridas y estancadas del desplazamiento social que regurgita en áreas no frecuentadas por el turismo que, cuando mucho, las mira distraído, con la barbilla en el hombro, al salir del puerto hacia las carreteras. En ese hacinamiento carente de servicios públicos *la guerra mata / y mueblerías Guerra remata* a ritmo de vientos y percusiones burós, refrigeradores y estufas pero no en vivo, como en las playas de la discordia, sino vomitados por amplificadores incansables y dopados a base de energía eléctrica medida o expropiada mediante diablitos, buscando paliar la desdicha, la inequidad económica en que sobrellevan sus habitantes las condiciones precarias, la falta de oportunidades de todo tipo, la inseguridad, la carencia del vital líquido recordado fugazmente por la empresaria del teodolito que intuye el riesgo social de semejante pandemonio, *la mentira y el curso del tiempo*. Para terminar, movamos un poco un retrovisor distinto al de almanaque.

Si bien a la música sinaloense se le dice banda o tambora y ambas denominaciones son, por naturaleza, cambiantes en el tiempo y adaptables a las circunstancias del espacio, hay diferencias sutiles y notables entre ellas. Más rápida que inmediatamente, en las últimas dos o tres décadas las bandas desplazaron a la tambora tradicional, aquella que se componía de veinte o más músicos que tocaban por nota, frente a atriles niquelados en los que el sol se astillaba. También lo hacían de pie y de memoria, desde luego, al balancearse detrás de un cortejo fúnebre o de algún enfestado y pirómano del dinero, o al amenizar una boda o algún cumpleaños connotado o al tocar en un taste después de *los caballos que corrieron*, y en tantas otras ocasiones, porque en eso no hay disenso posible: la música de viento y percusiones ha estado presente desde por lo menos el último tercio del siglo XIX en Sinaloa, cuando, proveniente de Mitteleuropa, desembarcó en las costas del estado para quedarse,

adaptándose y diversificándose en formas que han dado lugar a diversos y desiguales tipos de estudios, artículos de opinión, tesis de licenciatura y reportajes periodísticos, muchos de ellos enfocados en las transformaciones de esa música que constituye uno de los rasgos más acusados de la identidad cultural sinaloense. Y si del número de ejecutantes pasamos a lo principal, la armonía, el ritmo y la melodía, los tres pilares de la verdadera música, la comparación entre las bandas playeras y la tambora tradicional pone en evidencia una disparidad audible e insoslayable. Encogida por el transcurso del tiempo, la crisis económica inconsútil, la depauperación laboral, la catástrofe demográfica, la degradación de los valores estéticos que invocados ante el tumulto ebrio y aturrido provocan una hostilidad rayana en motín contra quien exprese su preferencia por los decibeles de talla chica y no extra grande, como los que revuelven la arena y fatigan sus pies escudados en la búsqueda del sustento, sin importar que irrumpen en distintas formas de ganarlo e ir a gastarlo a las costas mazatlecas, la tambora, vuelta ojo de hormiga, se protege como puede de las aguas pantanosas del alboroto trepado a la ene potencia que avanza por la arena a codazos y empujones de una chunchaca desafinada y acaso en tal virtud excedida de feligreses, la más nítida hechura de la

adulteración educativa, el martilleo de varias décadas de la monodía ataviada con atuendos chillones y la gestualidad ampulosa que desparrama la televisión gratuita *en la casa, el taller y la oficina*, hasta caer de bruces en el ánimo revanchista que ha impulsado el salto del tigre de la virtualidad al malecón, donde, a golpes y a gritos, se enfrentó uno de los últimos días de marzo a la policía que simplemente pretendía exhortar a la turba enardecida a respetar horarios establecidos para soplar y resoplar sus instrumentos en las playas, sin amenazar con desalojarla ni tratar a los músicos como delincuentes, según se difundió mentirosamente en esas redes sociales desdobladas en el barril bocabajo y la tea encendida. A río revuelto ganancia de pescadores: otro episodio de la protesta en vías de insurrección atajada por las autoridades que han insistido en que el problema no estriba en expulsar a las bandas de las playas sino en regular sus horarios de trabajo y los decibeles, ha corrido a cargo de músicos y vocalistas que, apoltronados en la comodidad y la distancia de un éxito inversamente proporcional a la calidad artística que algunos de ellos exhiben, se han manifestado “solidarizándose” y “apoyando” a los filarmónicos trashumantes, persiguiendo, a trasmano y mal disimuladamente, una publicidad gratuita, dado el arrastre del acontecimiento que pregonan el coro del *feis* y algunos periódicos y numerosos “noticieristas”, según se autodenominan a sí mismos los correveidiles playeros que van y vienen induciendo opiniones micrófono en la punta del brazo, al servicio de blogs y alguna que otra agencia informativa. Inclusive el dueño del equipo de fútbol de Mazatlán, urgido de una aceptación social abollada por el enfrentamiento que sostiene con el presidente de la república, *popular entre la tropa*, ha levantado la voz desde la CDMX, donde radica lejos del estruendo y la furia, ofreciendo su apoyo a las bandas y abanderando el mismo sofisma de la expulsión del paraíso playero.

¿Y el Ojo de Hormiga? La posibilidad de verlo tocando vestido de lino se reduce, prácticamente, a su presentación en algún evento cultural organizado por el Instituto Sinaloense de Cultura o instancias parecidas, o en hallarlo en discos que han sobrevivido a la fosa común del bullicio en calidad de parientes de las buenas ediciones de libros desaparecidos por carecer de lectores, como desapa-

recieron también aquellos moluscos exquisitos en los baldes de las changueras, víctimas de la depredación y la gula incontenibles. Sí, hay semejanzas inocultables entre las bandas playeras y la tambora auténtica, como las hay entre las cebras y las mulas, pero, más allá de pertenecer ambas al orden de los cuadrúpedos equinos, una cosa es una cosa / y otra cosa es otra cosa. Quienes vienen a Mazatlán a “la loquera” y al “destrampe”, como dijo otra remendona de la trama virtual, *¿solicitan El buque de más potencia, Los sufrimientos, El quelite, El sauce y la palma, El niño perdido*, transfiguración musicalizada de un antiquísimo mito europeo reelaborado por la historia regional sinaloense gracias a la sociogénesis desmenuzada por Norbert Elias, por más que la ignoren los acólitos del ombligo del mundo? ¿O piden un corrido tumbado o una insustancial e irrelevante pieza de reguetón o de “perreo intenso”? Que la calidad literaria y musical sea lo de menos en el sainete se aprecia en la casi absoluta falta de grabaciones musicales “compartidas” en los videos que han desbordado las mallas de los aparatos a lo largo del último bimestre, culminando, al parecer, con el fin de la Semana Santa, cuando el paroxismo de la estridencia alcanza las cimas más altas de los riscos y de los zigurats de la hotelería. *Al parecer*, porque todavía falta, tras el doblaje de la franela, la implantación del récord Guinness y la tocada masiva del “eclipse de los gentrificadores”, que recibirán —o no—, según lo anunciado, al presidente en vías de extinción durante su regreso al puerto a fin de presenciar el evento astronómico del siglo dedicando, con alta probabilidad, parte de una de sus crepusculares mañaneras al forcejeo que ha motivado aplicarle el trapazo a aquella decepción de los escolapios a principios de los noventa del siglo pasado. En el improbable caso de que alguno de ellos lea estas notas, tal vez recuerde la sugerencia formulada por el maestro, oyendo las consecuencias de no haber sopesado una propuesta tan “poco seria”: en vez de bajarle tres o cuatro puntos al volumen del marco auditivo de la escena, la sociedad mazatleca ha hecho, a lo largo de los años transcurridos desde aquella noche de ronda indeleble, lo contrario: subirlos ■

Guadalajara, abril de 2024,
entre el fin de la Semana Santa y el eclipse.

José Ángel Espinoza Aragón Ferrusquilla en el popular programa radiofónico “La banda de Huipanguillo”, donde hacía el papel del presidente municipal don Celso Boquerones. Fuente: *Sinaloa, Historia y Destino*, de Heriberto Sinagawa



Aviso en la playa frente al hotel Camino del Mar, Mazatlán, Sinaloa, marzo de 2024. Foto tomada de redes sociales



LOS HACH WINIK DE NAHÁ Y METZABOK

ELÍ GARCÍA-PADILLA

“Todos los seres vivientes estamos relacionados, amarrados de la misma raíz. Cuando Hachakyum (dios de dioses) hizo las estrellas, las hizo de arena y piedras y las sembró. Las raíces de cada estrella son las raíces de un árbol, cuando se cae un árbol, una estrella cae del cielo”: Chan K'in Viejo

De acuerdo con *Jan de Vos* (2015), la mítica Selva Lacandona deriva su nombre de una comunidad originaria que habitaba en ella desde tiempos prehispánicos, los Lacamtunes=Lacandones, extinguidos hacia el siglo XVIII. Durante la colonización, así se referían los españoles a los indígenas de *Lacamtún*. La etimología se deriva de *lacam*: grande; y *tun*: piedra, que es como designaban los lacandones al islote principal de la laguna de Miramar, en el que habían construido la pequeña sede de su extenso territorio selvático. La conquista española cambió el topónimo maya *Lacamtún* por el de “Lacandón” y entonces utilizó este

nombre castellanizado para designar no sólo a la isla sino también a la laguna y la región que la rodea. En el siglo pasado, los cazadores extranjeros que también cortaban caoba y cedro en la región dejaron de utilizar el nombre colonial; a esa parte de Ocosingo la llamaron el “Desierto de La Soledad”, y la laguna era conocida como Laguna Buenavista. Los nombres actuales de Selva Lacandona y Miramar son denominaciones recientes, asignadas por exploradores y madereros en la década de 1920. Cabe señalar que el concepto moderno de “Selva Lacandona”, además de ser botánico y geográfico, también es político, ya que se refiere exclusivamente a la parte mexicana del bosque tropical perennifolio considerado por mucho tiempo como el más extenso y biodiverso a nivel país, título que en realidad ostenta la mítica Selva de los Chimalapas en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca.

Los Lacandones o *Hach Winik* (la gente verdadera), originarios del Caribe maya, representan hoy uno de los pueblos originarios más pequeños de México, con alrededor de 700 individuos repartidos en cinco comunidades: Lacanhá Chansayab, San Javier, Bethél, Nahá y Metzabok. Los lacandones aún en tiempos tan recientes como la mitad del siglo XX eran nómadas y seminómadas habitantes desde tiempos ancestrales de la Gran Selva Maya. Una de las costumbres o tradiciones más importantes que los *Hach Winik* mantienen viva hasta la actualidad es la ceremonia del Balché, ritual que es

ejecutado por don Antonio Martínez Chan K'in, actual líder espiritual de Nahá. Don Antonio, quien afirma ostentar más de 100 años de edad, es yerno de Chan K'in Viejo, “el sabio de la Selva Lacandona”, patriarca y líder espiritual de Nahá que murió en 1996. La celebración del ritual consiste en una ceremonia de petición de lluvias y buenas cosechas a sus dioses, los cuales están en forma de vasijas de barro. La elaboración de la bebida tradicional conocida como balché es un fermento extraído de la corteza de un árbol del grupo de las leguminosas silvestres del mismo nombre. El pozol (maíz y cacao) y el copal son también parte esencial de las ofrendas para los dioses; éstas son depositadas en vasijas de barro dentro de los espacios sagrados ceremoniales que suelen ser cuevas en lo más profundo de la selva. La celebración es anual, Don Antonio sabe el tiempo justo, pues él se basa en la floración de la caoba (*Swietenia macrophylla*) en el mes de abril. Actualmente la ceremonia del balché puede llegar a llevarse a cabo varias veces al año, pues la creciente demanda de parte de turistas nacionales y extranjeros, obligan a Don Antonio a ejecutarla extemporáneamente a cambio de un beneficio monetario.

La relación **sociedad-naturaleza** entre los Lacandones de Nahá es vigente y estrecha. De acuerdo con el

PASA A LA PÁGINA 17 ►

Laguna de Metzabok, Selva Lacandona, Chiapas. Foto: Elí García-Padilla



antropólogo Marín Roblero Morales (2012), la interrelación de los Lacandones de Nahá con la naturaleza es más profunda con los animales que con las plantas y tiene características especiales. Una de ellas es que se da en forma personalizada a través del animal que es su *onen* o *inyonen* (literalmente “mi pariente”), que puede ser mono, jabalí, venado, tigre (jaguar), faisán, tepezcuintle, comadreja, guacamaya o paloma, pero dotado de un alma inmortal. Cada Lacandón está asociado con su *onen* a través de los sueños donde el uno se representa al otro. Según Kayum Ma’ax, miembro de la subcomunidad de Nahá (Casa de agua), “después de la muerte volveremos a vivir en forma de animales y los animales lo harán en forma de hombres y nos maltratarán como nosotros hacemos ahora con los animales, por eso no hay que maltratarlos porque son como nosotros”. El relato fundacional narrado por Chan K’in Viejo dice lo siguiente:

Cuando Hachakyum terminó de modelar a los hombres de barro —menos los dientes que fueron hechos de maíz—, los colocó durante una noche sobre las ramas de un cedro (kuché-árbol dios), quien con su misma sangre (savia) ayudó al despertar de los Lacandones. Después, al tallarse las manos, los rollos y fragmentos de arcilla cobraron vida al caer a la tierra, volviéndose culebras, hormigas, alacranes, gusanos, zancudos, mosquitos y todo género de bichos.

Chan K’in Viejo (1900-1996), también conocido como “el sabio de la Selva Lacandona”, fue uno de los últimos To’ohil o líder espiritual en la historia, mitología y cosmogonía de los Lacandones o Hach Winik de Nahá. Él logró conservar y mantener las costumbres y tradiciones de su pueblo compartiendo a través de relatos e historias cosmológicas la tradición oral de sus ancestros mayas. En 1994, durante un Consejo Lacandón denunció la tala y robo de árboles en su comunidad por parte de extraños que además les amenazaron. Una de sus frases más recordadas es: “El gobierno nos envió aquí a Nahá y nos dijeron que esto era nuestro. Nosotros cuidamos el bosque. Ahora nos han quitado nuestras tierras y están vendiendo los árboles. Dios está enojado, me entristece el frío que ha entrado al corazón del pueblo. Yo soy muy viejo y aquí voy a morir, pero no queremos que quiten los árboles que son nuestra vida, éstos piden que venga la lluvia. Los árboles de caoba y chicle son nuestra vida, cuando se terminen los árboles, nosotros nos terminaremos también”. Chan K’in Viejo delegó su papel de líder espiritual a su yerno Antonio Martínez Chan K’in, quien es actualmente el encargado de mantener viva la religión y cosmovisión de los Hach Winik. A Chan K’in viejo le sobreviven dos esposas y varios hijos y nietos. Dos de sus esposas vivas aún portan la vestimenta tradicional y el tocado de aves que el propio Chan K’in Viejo les regalara como sello del pacto nupcial o regalo de bodas. Según ellas mismas relataron en 2012, cuando ellas mueran serán sepultadas con este tocado de aves cazadas con arco y flecha por Chan K’in Viejo. Las especies de aves que componen al tocado en ambos casos, tanto en Koh María como en Koh Paniagua, son tres: Tucán collarero (*Pteroglossus torquatus*), Tucaneta verde (*Aulacorhynchus prasinus*) y el Carpintero pico plata (*Campephilus guatemalensis*).

El precio del “progreso”, que se traduce en la invasión del mundo occidental y de megaproyectos como es el caso del Tren Maya, las recientes carreteras pavimentadas, la introducción de productos comerciales, la invasión del turismo desorganizado, el crecimiento poblacional desmedido, la deforestación, la invasión de sus tierras, la introducción de nuevas costumbres y nuevas religiones, entre otras, están transformando rápidamente la identidad cultural de los Lacandones.

Una amenaza latente para su vasto territorio de 600 mil hectáreas entregado por el gobierno de Luis Echeverría y los bienes naturales comunes, son los otros pueblos mayas y mestizos vecinos. Los Lacandones argumentan que ellos son gente de la selva (no sólo ellos) y que la selva es su casa y que luego ¿cómo entonces es posible que ellos mismos destruyan a su propio hogar que es la selva? Por tal moti-

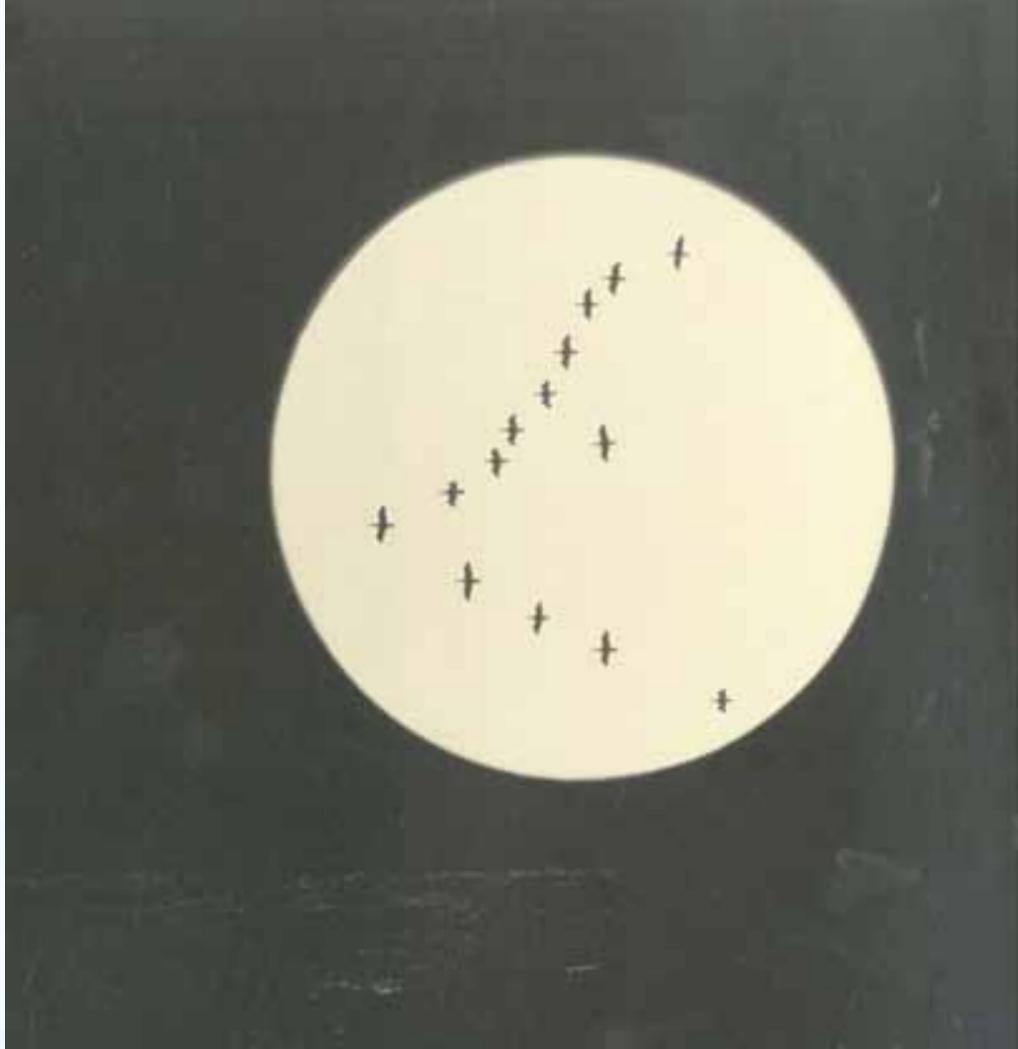


Pepe Vázquez Bor, Nahá, Chiapas. Foto: Elí García-Padilla

vo relató Don Enrique Valenzuela, líder de la comunidad de Metzabok en 2011, que ellos se organizaron como comunidad para solicitar al gobierno que se les apoyara con el deslinde de su territorio en un intento por delimitar con precisión sus tierras y evitar así las invasiones territoriales. Fue así que en 1998 se publicaron en el Diario Oficial de la Federación los decretos como Áreas de Protección de Flora y Fauna tanto para Nahá como para Metzabok. Al presente estas comunidades, consideradas como las de los “lacandones del norte”, mantienen una cobertura forestal casi intacta, practicando un sistema de agricultura rotativo sostenible conocido como “milpa lacandona”. Sumado a esto, el modelo de ecoturismo comunitario que practican les han permitido sobrevivir de manera sostenible sin necesidad de destruir su hogar que es la selva. Don Antonio Martínez Chan K’in relata acerca de los dioses de los Lacandones, que *Kanancax* (el Guardián del Monte) se encarga de cuidar la montaña, los árboles, las nauyacac y toda la selva, y que éste habita cerca de la Laguna de Miramar. Soustelle (1971) informa que alrededor del punto en donde se supone que Kanancax reside, la selva es inviolable. De acuerdo con Jorge García Paniagua, bisnieto de Chan K’in Viejo, el personaje

sentado con rasgos jaguarinos que está grabado en la piedra en la Laguna de Miramar podría ser Kanancax. Otros relatos afirman que en la Laguna de Miramar habita una serpiente monstruosa que es la entidad guardiana de este espacio sagrado para los Hach Winik. Otro lugar de valor espiritual para los Lacandones es el sitio arqueológico de Yaxchilán, al cual estos consideran el ombligo del universo. Todavía es posible atestiguar ahí ofrendas al monolito decapitado de Pájaro Jaguar, que fue el último jerarca de Yaxchilán. De acuerdo con un relato profético recitado en vida por parte de Chan K’in Viejo, “cuando la cabeza regrese al torso decapitado de Pájaro Jaguar, entonces los jaguares celestes bajarán del cielo y acabarán con la humanidad”.

En tiempos de un inminente apocalipsis a nivel socioambiental, traducido en el cambio climático y la sexta extinción masiva de la vida, resulta esencial y urgente reconsiderar, retomar, reivindicar y fortalecer el papel de los pueblos originarios, como es el caso de los Hach Winik en materia del manejo, conservación y protección de sus territorios y bienes naturales comunes. Porque como bien dice una frase popular del dominio público: “volver al origen no es retroceder, quizá sea andar hacia el saber” ■



Fotos anónimas (Robert Flynn Johnson, *anonymous: enigmatic images from unknown photographers*, Thames & Hudson Inc., Nueva York, 2004)

AMOR Y ODIO EN EL BOSQUE ADIVASI DE INDIA

SAMAR BOSU MULLICK

SELECCIÓN, COMENTARIOS Y TRADUCCIÓN DEL INGLÉS:
RAMÓN VERA-HERRERA

Samar (Sanjay) Bosu Mullick nos confiesa en la introducción a *Sylvan Tales* que él no era un escritor, que narraba historias de viva voz pero no había escrito nunca. Y cuenta: “La idea se apoderó de mi imaginación creativa y comencé a escribir historias de mi vida en forma de ficción. Lo que no me percaté entonces es que escribir historias así era un asunto doloroso”. Porque lo profundo aflora en los sueños, y “no todos los sueños son dulces. Evocar el pasado, revivir memorias siempre está atado a un *pathos*, a un manojo de emociones. Cada una de las historias que escribí al final me entristecieron el corazón. Aun así seguí escribiendo con un propósito. Escribo relatos para retratar la vida y las luchas de los adivasis de Jharkhand a través de los ojos de un activista”.

Como todos los pueblos relacionados con la tierra y confrontados con los sistemas modernos, los adivasis están desgarrados entre dos polos: el mundo en su relación con la tierra, siempre colectiva, comunitaria, donde ella los aloja y los resguarda, como las comunidades a ella, y el mundo moderno “con su agenda del desarrollo” que alimenta “la ambición individual que los lleva a una existencia social fracturada”.

Samar o Sanjay, implicado desde 1968 en las luchas adivasis en pos de la identidad, la autonomía y los derechos a los recursos, declara: “En medio de estas fuerzas conflictivas yace la lucha por la justicia de una mayoría que sufre a causa del mundo prístino. Los valores ancestrales de las tradiciones neolíticas y paleolíticas aún luchan por sobrevivir en un mundo de fría civilización metálica. La simbiosis humana con la naturaleza no tiene lugar en el progreso de tal modo de vida. Aun así la vida rueda sobre los escombros de los sueños rotos que cargan la cauda de contradicciones acumulativas. En la literatura *mainstream* se les ignora en gran medida. Sus

esperanzas y aspiraciones, sus angustias y agonías no son comunicadas a la sociedad en general. En la literatura de la India en inglés no las encuentro para nada. La literatura contemporánea también ignora a quienes escuchan y responden al grito del bosque y se encuentran solos y aislados, condenados y reprimidos, o peor encarcelados o asesinados por estar contra el desarrollo. Estas historias están incrustadas en hechos que yo me he topado durante los últimos 45 años en que he convivido con los personajes de mis relatos. Mis experiencias me hacen dar cuenta que la realidad es más dramática que la ficción”.

Bosu Mullick ha sido profesor en el Instituto Xaveriano de Servicio Social, en Ranchi. *Sylvan Tales: Stories from the Munda Country* (*Cuentos silvanos: historias del país Munda*) es su primer intento en la escritura de relatos de ficción.

Aquí ofrecemos algunos fragmentos hilvanados de uno de los catorce cuentos incluidos en esta colección, como muestra de la fuerza y la emotividad de su elocuencia.

“EL AMOR Y EL ODIO DE MOTI”

Moti finalmente había accedido a narrar su historia. La luz tenue de su lámpara de keroseno era demasiado débil para disipar la oscuridad sobrecogedora que lo envolvía. Estaba sentado del otro lado de la pesada puerta de hierro de mi celda. La campana de la prisión había sonado diez veces hace un rato. Para mis compañeros de prisión era noche cerrada. La historia de Moti llegaba a la penúltima etapa...

Moti Hansda servía una condena de por vida y yo era un prisionero a prueba, por alguna circunstancia especial. A los sentenciados a cadena perpetua los involucraban como guardias nocturnos, además de hacerles realizar algunas tareas en el día, en los sitios con estricta vigilancia, como las 32 celdas donde nos tenían alojados a mí y a muchos de mis camaradas. Yo no entendía por qué Moti tenía un cierto rincón afable conmigo. Noche

tras noche venía a sentarse frente a mi celda después de hacer la ronda de revisar los candados de cada una de las puertas de las celdas. Yo le pedí que me enseñara el *santali*, su lengua madre. Muy amorosamente él aceptó y nuestra amistad comenzó a crecer a través del aprendizaje y de las palabras frecuentes que la boca, la nariz y la glotis podían configurar. Luego, sigilosamente se fue a lo profundo y alcanzó el ámbito de los sentimientos.

Yo quería escuchar la historia de su vida en su lengua materna. Tras una breve vacilación inicial accedió y comenzó su relato.

“Era yo el *bhatua* del terrateniente, el sirviente de tiempo completo, a quien se le pagaba únicamente con arroz cocido tres veces al día. Me escogió muy pronto en mi juventud, pues mi familia estaba cargada de deudas que nunca podría pagar, pues los intereses se seguían multiplicando a perpetuidad.

“La esposa del terrateniente, a quien todo mundo llamaba Baurani, solía pedirme que le masajeara las piernas por las noches, antes de la cena, mientras su marido se entretenía en el exterior de la casa jugando cartas con amigos. Conforme pasó el tiempo y fui creciendo, hablando honestamente me volví adicto a este trabajo. Sus piernas extremadamente bellas y bien torneadas me provocaban que el corazón se me saltara cada vez que la tocaba y la sobaba.

[...] “Para el momento en que me hice adulto ya amaba yo a Baurani, la señora de la casa. Ella me hacía favores especiales; me compartía buena comida, me compraba ropa nueva. En secreto me daba algo de dinero para tener dulces en el *Tsu Mela*, la fiesta de la diosa *Tusu*, o durante el festival *Durga Puja*. Yo me fascinaba de recibir su benevolencia. Aunque era más grande que yo se volvió muy amistosa conmigo.

“Y no me di cuenta cuándo fue que el arduo trabajo en el campo y la suficiente comida en la casa del patrón le dieron a mi cuerpo oscuro y rocoso fortaleza y hombría. Pero Baurani sí lo notó. Me di cuenta que a veces miraba intensamente mi cuerpo casi desnudo.

“Luego una noche ella me llamó a su recámara y me pidió que viera qué hacía Babu en el exterior, pues a las mujeres no se les permitía ir al exterior, así que ella dependía de mí. La obedecí y para mi horror, lo encontré copulando con Bahamuni, mi cuñada. Fue terrible mi pena. A la luz de los candeleros pude ver el rostro de ella por entre la rendija de la persiana veneciana de madera. Sus ojos estaban cerrados, su ceño estaba contraído de dolor y su semblante se teñía de palidez”.

[...] Moti retuvo su recuento por un momento. Pude ver la nube de lágrimas que se juntó en sus ojos. “Ella apretaba la sábana blanca con sus puños. Sus pulseras de laca roja se veían absurdas sobre sus muñecas oscuras. El espíritu de su vagina estaba siendo vapuleado”.

Moti pausó para limpiarse las lágrimas. Me sorprendí al escuchar su relato. Me llevó un rato entender lo poético de su mente tribal por haber crecido en la naturaleza, en simbiosis con ella.

“Cuando regresé no sabía qué decirle a Baurani, y me quedé parado frente a ella en silencio”.

“Qué pasó. ¿Viste lo que hacía allá en la casa del patio?, quiero saber”. Mi silencio la hizo sospechar. Babu está ensuciando a Bahamuni, dije con esfuerzo. Me pidió que saliera de la habitación y cerró la puerta por dentro. Era una mujer arrasada”.

El relato se hunde en la relación íntima que su ama comienza a tener con él; profundiza en el sentido sagrado que las vulvas tienen para el pueblo *santali* y cómo cada una tiene un espíritu que “no puedes vencer, no puedes atrapar, sólo puedes persuadirlo para que sea amigable y propicio para la creación”, y cómo todo eso es destruido y sometido al horror y a la catástrofe si se cometió una violación, o cuando no se cumplen los rituales sagrados para establecer relaciones eróticas entre los seres.

“Unos días después me dio una moneda de una rupia y me pidió comprarle una pulsera de laca roja. ‘No se la enseñes a nadie. Envuélvela en un paquete y dámela en secreto. ¿Entiendes?’, me murmuró al oído. La obedecí y esa misma tarde Babu se fue a Kolkata a atender algunos negocios.

“La misma noche, después de que todos se retiraron a sus cuartos, me llamó a su habitación. A la tenue luz

de la lámpara de gasolina se veía como una bella *dan*, una hechicera. Sus ojos en forma de loto me sonreían; me tocó la mano y dijo: ‘Moti, ven, siéntate en la cama’. Desenvolvió entonces la pulsera de laca que le había yo comprado y me pidió que se la pusiera en la muñeca izquierda. Seguí sus órdenes. Me miró en silencio. Noté que sus labios eran rojos por la hoja del betel, una hoja estimulante, que acababa de masticar. Luego se comenzó a desvestirse. Mi corazón palpitaba y mi cabeza daba vueltas. Se miraba como una figura de Durga antes de que el alfarero le ponga el vestido al cuerpo desnudo. Contra el telón de fondo de su cabello negro suelto, sus hermosos pechos aparecieron como botones crecidos de loto blanco en las aguas oscuras del lago. Me acercé a ella. En casa los sirvientes nos manteníamos casi desnudos, sólo con los *dhotis* cortos, [esa prenda rectangular de algodón]. Yo no era la excepción. Me apreté contra ella y me murmuró dulcemente: ‘tú eres mi segundo marido’”.

Y sigue Moti: “Con su varita mágica ella me volvió un corderito de día y un potranco por la noche. Me llamaba a su recámara por las tardes cuando Babu, señor de la casa y terrateniente de los poblados circundantes, pasaba la noche con otras mujeres o en las casas del patio. ‘El cerdo ha ido a revolcarse en el lodo, ven Moti, ámame tú’. La noche fatídica me dijo con voz ahogada que me sentara a los pies de la cama. Era una noche de verano. El viento se había aquietado, las ramas de los árboles en el jardín quedaron inmóviles y se podía escuchar el rasguído de los grillos en el matorral. Todo mundo se había ido a la cama. La casa estaba inmersa en oscuridad”.

En el relato de Moti, queda claro que si bien la violación de Bahamuni en la brutalidad de Babu, el amo, era un extremo del horror, aun el silencioso erotismo entre Moti y Barauni era también una transgresión que ella pudo salvar usando su pulsera roja, pero Moti no pudo cumplir como era debido.

“El tiempo se movió con paso muy lento. Hacía el amor mecánicamente porque mi mente estaba ocupada en otra parte. Entonces escuchamos el grito, el grito de un hombre que moría. Un par de zorros aullaron a la distancia. Barauni se dejó de mover. ‘Moti, ¿escuchas ese grito? ¿No te suena a la voz de Babu? Ve, ve a ver lo que está

ocurriendo’. Se apartó de mí y se puso sus ropas. Me vestí y abrí la puerta. Podía ver la luz de algunas linternas que iban hacia la casa del patio. ‘¡Maaaaa... Babu ha sido asesinado’, era el grito áspero de Kamini que penetraba el silencio de la noche.

“Alguien había roto la puerta y ahora todos entraban. Fuimos los últimos en entrar al salón. Bahamuni seguía luchando por librarse del cuerpo enorme del hombre que tenía encima. Ese hombre sangraba profusamente de la nuca, con su cuello herido de gravedad. Era una escena horripilante. La cara de Bahamuni estaba embarrada de sangre. Su cuerpo desnudo temblaba todavía del horror. Quizá el hombre seguía adentro de ella. Bajo la luz de varias lámparas de keroseno ella tenía un aspecto lamentable”.

Moti se detuvo. Estaba inmerso en la profundidad de su remembranza, un recuerdo doloroso, que se revelaba en parte y en otro retazo quedaba sin articular, pero era traído de vuelta a la vida por la mente consciente. “El Babu seguía vivo”. Moti encontró tirada en el suelo el hacha tangi que su hermano había utilizado para golpear al Babu con su afilada hoja de acero. Y tan pronto como Bahamuni se liberó de los apretones del cuerpo moribundo de Babu, Moti le cortó la cabeza a éste de un solo tajo. Todo mundo chilló de horror. El espíritu de la vulva había cobrado su deuda.

La historia de Moti comenzó con una mezcla de amor y odio, deseo y desprecio. Pero para mi turbación terminaba en un callejón oscuro en la venganza que cumplía con la retribución prehistórica.

La noche estaba por morir. Moti permaneció en silencio por un rato. A la débil luz de la linterna de keroseno pude ver su rostro adusto. Y le pregunté con gentileza: “Moti, ¿te arrepientes de lo que hiciste?”.

Moti me volteó a ver y preguntó a su vez: “¿Lo que hice?”.

“Amaste a una mujer y mataste a su marido”, le dije con la calma más extrema.

Moti sonrió. ¿Era sarcasmo o autocompasión su sonrisa? No lo sé en definitiva.

El día se fue asomando por el corredor de las 32 celdas. Moti se irguió, tomó su linterna y caminó hacia la puerta de salida con el paso de un triunfador. Lo seguí con la mirada, pleno de asombro, mientras se mantuvo bajo mi vista.

A sí la historia del horror y el atropello del Babu, y de la maravilla del erotismo verdadero entre Barauni y Moti, resuenan las entrañas de la tierra desde tantos siglos, en tantos casos semejantes de sometimiento o rebeldía. Al igual que en este episodio, los otros relatos transitan entre lo sagrado y las vicisitudes de la modernidad. Los casos mostrados alcanzan a remontar su sentido a las relaciones ancestrales, a partir de las opiniones y actitudes de los protagonistas. Y es así porque los sucesos narrados no se entienden solamente con las explicaciones habituales de la sociología, la etnografía o la ficción convencional.

Estos cuentos del bosque no se incluyen fácilmente en las películas *bollywood* y no reflejan solamente el mundo del hinduismo o el islamismo dominantes en el mundo de la India. Los *adivasis* son el equivalente a los pueblos originarios, muchos de ellos tribales, que existen en India. El término *adivasi* fue un término acuñado en los años treinta para nombrar a los pueblos originarios, confiriendo identidad a los pueblos despreciados y marginados por el *establishment* religioso de la India, Pakistán, Nepal y Bangladesh. Son 104 millones en India y unos 2 millones en Bangladesh, según nos informa Wikipedia ■

Samar Bosu Mullick:
Sylvan Tales: Stories from the Munda country
(adivaani-One of Us, Kolkata, India, 2015)

Foto anónima (Robert Flynn Johnson, *anonymous: enigmatic images from unknown photographers*, Thames & Hudson Inc., Nueva York, 2004)





Cocina de Porfiria Rodríguez Cadena. Santiago de Anaya, Hidalgo, 2024. Foto: Justine Monter Cid

SABOR AMARGO

ELIZABETH BRUNETE

Esa tarde caían las hojas y grandes gotas del cielo. Bajábamos con pasos cortos por la estrecha vereda de tierra que nos conducía hacia los árboles: refugio que siempre estábamos buscando. Habían pasado más de dos años desde que recuerdo haber conocido Tzinacapan, éste es un lugar lleno de magia pues en las tardes de septiembre me recordaba mucho a mi pueblo por el ardiente frío que llega acompañado por las noches. Mientras estaba caminando, intenté seguir el paso de mis compañeros, pero una imagen pasaba por mi cabeza una y otra vez hasta que ya no podía borrarla, me consumía lentamente mientras se apoderaba de mí.

Estaba al mismo paso de mis dos hermanos, que apenas eran unos niños delgados. Pero pronto, la delicada imagen se desvanecía en mi cabeza hasta volver a fortalecerse. Mi madre había insistido en salir temprano, su mirada era cálida y nuestros cuerpos cabizbajos. De pronto, volví cuando las gotas de la brisa ligeramente me golpeaban en la cara, pero aún así conseguía caminar con la mirada perdida, tal vez en el cielo. Los grandes árboles se levantaban por encima de mis pensamientos y hasta podría prometer que dejaba de escucharlo todo, pues se sentía tranquilo.

Era posiblemente una tarde no muy distinta a cualquier otra triste de febrero. La vida ahí era diferente, hasta las vo-

ces sonaban distinto. Pero al parecer a menudo olvidamos escuchar los finos murmullos que se desplazan con el viento. Alcancé a mis compañeros a pasos apresurados pues murmuraban que estábamos muy cerca de nuestro destino, el número de casas iba incrementando sin llegar a ser demasiadas, sólo las suficientes para integrar ese pequeño poblado.

Por un instante escuché a mi madre que insistía en que dejara de caminar rápido, me gritaba que escuchara, pero extrañamente no quería hacerlo. Sentía recelos y una emoción incontenible en mis pequeñas entrañas. Pronto con ayuda de mi hermano, me abrazaron sus manos protectoras. Sentí cómo el sabor amargo se deslizaba por mi garganta hasta mezclarse con el de mis lágrimas o tal vez el de sus palabras, yo eso no lo sé.

Toqué ligeramente mis labios pues el sabor se extendía hasta llegar a mi estómago. Vi a mi madre fijamente a los ojos mientras ella metía a mi garganta unos pedazos de hoja de *tsoapatle* que habían cortado en el camino para que pudiera vomitar todo lo malo que traía atorado en el estómago. Como un reflejo, mi mirada se posó ligeramente en las expresiones de mis compañeros que cambiaban al ver las demás reacciones, pues habíamos llegado a nuestro destino.

Moví un par de veces mi rostro hasta encontrarme con expresiones igual de confundidas que yo. Aún no comprendía

por qué estaba fuera de nuestras manos, la formación académica que tanto habían dicho que era nuestra, en la pequeña escuela a la que habíamos llegado había mentes grandiosas, pero sólo un pequeño cuarto rodeado de tablones, tarros y unas cuantas maderas para impedir que la lluvia entrara. Los niños no se mostraban muy atentos a la maestra, pero no era su culpa, tampoco yo sabía ahora si estaba bien o no asignar un juicio de valor a la situación que aún desconocía. Había albergado en mi interior la esperanza de que algo ya hubiera cambiado, pero ahí estaba otra vez sin una herramienta para cambiar al mundo, como cuando era una niña.

Luego de un rato sentí cómo el sabor amargo seguía en mi boca, pero esta vez no estaba mi madre y yo no era la que tenía lo malo en el estómago. Esta vez no eran las hojas verdes de *tsoapatle* lo disgustable en mi paladar, era más bien impotencia por no poder cambiar mucho de la realidad que tenía enfrente. De que estamos acostumbrados a los robos, ése era un hecho, al parecer nos habíamos resignado a vivir sin lo que nos pertenece y creo que jamás nos dimos cuenta que era nuestro, que siempre estuvo ahí.

Regresé como aquella vez en mi infancia, cabizbaja, con la amargura de la realidad que me pesaba como un costal en los hombros. Y a pesar de que esa tarde dormí, no pude tener una respuesta ■

ELIZABETH BRUNETE, narradora originaria de Tepeixco, Zacatlán, Puebla.

TREINTA AÑOS DE BIODIVERSIDAD LA HISTORIA NO TIENE MÁS SENTIDO QUE HACER SENTIDO

120 números de *Biodiversidad, sustento y culturas*, Alianza Biodiversidad, abril de 2024 (disponibles en: www.biodiversidadla.org y www.grain.org)

Hace treinta años ocurrieron tantos sucesos cruciales para la configuración del mundo actual, que sus efectos acumulados en los años transcurridos nos tienen en un escenario sumamente difícil para el destino de la humanidad.

Pero en esos mismos treinta años, las iluminaciones que desde miles de rincones se expresan en pensamientos, razones, actos, prácticas, organización, son también un don contundente que termina siendo talismán ante tanta iniquidad.

En 2016 ya nombrábamos así el daño que el proceso de la globalización había ocasionado: “Las opciones políticas del comunismo, del socialismo, de la democracia parlamentaria y electoral e incluso de la revolución como toma del poder, se van desgastando. El capitalismo parece haberse apropiado de todo y cava su propia destrucción como suicidio de la humanidad, mientras concentra en menos manos el empeño de millones y millones. El agua se agota, el ambiente se pudre, se contamina el aire y la intimidación. La gente está sola ante la ley. El Estado desvía el poder que debería ‘emanar del pueblo’ y obstruye con plena conciencia, y con toda su estructura sistémica, los caminos legales para alcanzar la justicia. No parece haber horizonte. Los valores más sagrados son hoy objeto de comercio. La vida misma tiene rotas sus fronteras y podemos estar ante una ruptura definitiva de la vida como la conocemos”.¹ En ese entonces ni siquiera estaba tan presente la sensación y la experiencia directa de ser parte de un sistema que se roba la vida de las personas y los colectivos desde lo más cotidiano, mediante la dependencia que nos fabrican, hora tras hora, en nuestros dispositivos electrónicos, pero ya la lucha contra los transgénicos y contra la privatización de las semillas era un asunto de mucho cuidado y argumentaciones sutiles para no caer en las trampas de la tecnociencia.

Pese a todo, la memoria siguió viva. Gracias a revistas como *Ojarasca*, que está desde 1989, o a *Biodiversidad, sustento y culturas* que comenzó en 1994 su labor de vincular, recordar, sistematizar, estar pendiente de los avatares y devenires de los asuntos que terminarían en el centro de la discusión mundial, a contrapelo de lo que algunos teóricos, famosos o infames, predijeron.

Resalta el filo con que John Berger resumió en una frase lo que habría de ocurrir, una vez caído el muro de Berlín y con las reformas estructurales y la OMC ocupando un lugar privilegiado. Porque John Berger entendió que en el tiempo que se avecinaba las corporaciones asomarían sus instrumentos de control, estafa, manipulación, retórica, discriminación, acaparamiento y menosprecio (junto con sus comadres y compadres de la corriente mercenaria de la ciencia) y los fueron desplegando en tanto pudieron acceder a más poderes fácticos en todos los niveles.

A la vez, como antídoto del veneno vertido al mundo, de los rincones más inexistentes comenzó a decirse en voz alta toda la historia invisible, toda la cauda de una memoria-receptora de las miríadas de veneros, arroyos, cascadas, manantiales y aguas subterráneas de memorias infinitas como hay vidas en este mundo. Ésa es, tal vez, la enseñanza más profunda del zapatismo, surgido en 1983 pero florecido a la luz del sol en 1994. Los pueblos, las tribus, los barrios, las comunidades, los movimientos no sólo ya obreros sino campesinos y de pueblos originarios —con la negación que les imponían pero también con su negativa propia, reconociéndose en el zapatismo—, comenzaron a aflorar y a tomar la palabra.

Revistas como *Ojarasca*, o *Biodiversidad, sustento y culturas*, y seguro otras muchas que ojalá algún día conocamos, fueron y siguen siendo necesarias para expresar lo inexpresado, para visibilizar lo invisible, para recordar lo olvidado, para reconocer a las comunidades despreciadas y manipuladas, y reivindicar a las personas vilipendiadas y sometidas. Para restañar la vida misma corroída por la deshabilitación rampante.

Desde 1989, pero sin duda en 1994, hubo un primer estallamiento, para mal y para bien. Fue un momento en que surgió el alma (de los pueblos, de la gente común con su historia en el morral) y a la vez los operadores, los estafadores, penetrando los territorios con su atropello por delante.² Y todo eso, *Ojarasca* y *Biodiversidad*, con ángulos y rumbos aparentemente diferentes, lo recogieron y lo volvieron a volcar a todas direcciones.

En 1994 entró en vigor el TLCAN entre México, EUA y Canadá, primer TLC que abrió los senderos del largo camino que la sumisión corporativa impuso a gobiernos y sistemas jurídicos. Eso abrió la puerta a desajustes planetarios. Se multiplicó la instauración de tales instrumentos de desvío de poder que dejarían a los pueblos sin posibilidad de

defenderse jurídicamente de las compañías transnacionales —y de los gobiernos y sus aparatos represivos. Los Estados doblaron las manos ante políticas públicas indignas y se desparramaron los acaparamientos de tierra y agua, creció el extractivismo, se acorraló a los pueblos y en una marejada que aún no se detiene recrudesció la expulsión de gente de sus comunidades. Cundió la migración, lo que hizo crecer la agroindustria, el envenenamiento del agua y los montes, la deforestación, los incendios y el caos climático.

Comenzó la guerra por las semillas. Los controles legales no bastaron y se impulsó el control biológico, genético, la biología sintética, la digitalización del material de reproducción de la vida.

En todas esas luchas, *Biodiversidad, sustento y culturas* sigue puntualmente la discusión, reuniendo información, mostrando los ángulos pero sobre todo abriendo ventanas, amplificadores y puntos de encuentro para que la gente desde sus diferentes ámbitos continentales pueda pronunciarse y vincularse, resonar, sinergizar mostrando la fuerza de los rincones. Organizaciones como La Vía Campesina, la CLOC y movimientos autonómicos de gran diversidad, pero siempre anticapitalistas, han abrevado de *Biodiversidad* y contribuido a su ser actual.

Si los estafadores asomaron la cara para apoderarse de todo sin miramientos, las comunidades han ido repensando su condición, indagando sus posibilidades, sus herramientas, sus alianzas, sus relaciones con la tierra. Ya lo dijo Sylvia Marcos, “están arraigadas a ella, viven de ella, se comunican con ella, viven en ella y la cuidan”.³ eso es sembrar las relaciones territoriales que hoy reivindican autonomía, libre determinación, soberanía alimentaria y derechos lo más plenos posibles para mantener su milpa íntegra y sus semillas ancestrales vigentes, y que lo pertinente para las comunidades y pueblos lo puedan decidir y ejercer por sí mismas.

Caminando junto a la gente y recorriendo veladuras y sombras, en *Ojarasca* la creatividad, la imaginación y la mirada única abren derroteros y se sumergen en territorios desconocidos.

Biodiversidad emprende más un camino de vinculación: pensar entre las organizaciones que la publican los argumentos y las situaciones que reconfiguran la mirada común que es memoria y fortalecimiento.

Así, nos vamos pasando la palabra remota, el suceso, el sueño, el principio, la responsabilidad de cuidar la memoria, el sentido y la transformación. No parece haber otra manera sino relatarnos de ida y vuelta, reflexionar entre la tanta gente.

“La historia no tiene más sentido que hacer sentido. Sólo compartiendo la experiencia puede ésta transfigurarse a quien dice y quien escucha, transformarnos en lo que somos, hacernos más lo que buscamos en los ámbitos comunes, de mutualidad, de resonancia, del nosotros”⁴ ■

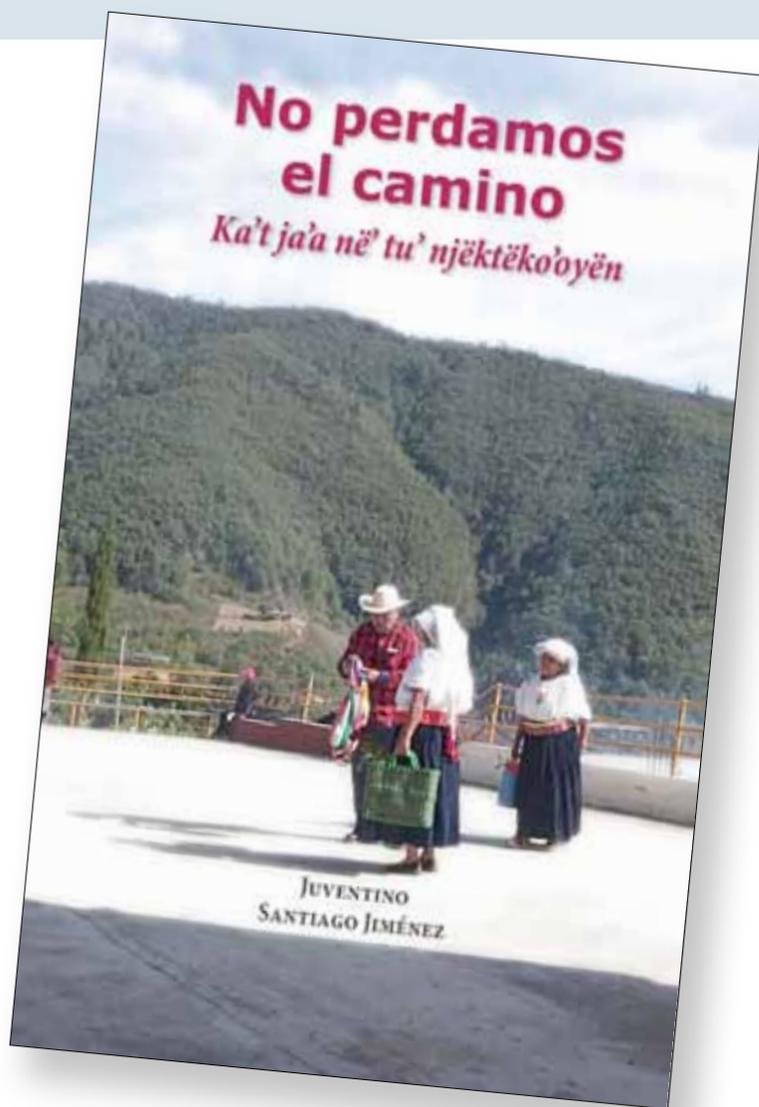
RAMÓN VERA-HERRERA

NOTAS:

1. “Si la globalidad fuera total, no imaginaríamos, como ahora, la salida”, en Susan Street (coordinadora), *Con ojos bien abiertos, ante el despojo rehabilitemos lo común*, Cátedra Jorge Alonso, CIESAS, 2016.
2. John Berger, “El alma y el estafador”, en *Keeping up a rendezvous*, Vintage International, 1992.
3. Conversación informal.
4. “Si la globalidad fuera total...”, *op. cit.*

Tercer Festival de las Frutas y Semillas Nativas, en el municipio “en transición agroecológica” de El Limón, Jalisco. Foto: Darinka Rodríguez





Portada de *No perdamos el camino* (2024). Foto: Juventino Santiago Jiménez

empieza también a darnos novelas y ensayos, con desafíos seguramente mayores que en la poesía que se escribe en la mayor parte de los idiomas del país.

Narradores tseltales y tsotsiles de gran fuerza, novelistas y narradores zapotecos de la sierra y la costa, escritores nahuas, mayas peninsulares, mazahuas, del tronco "mixteco", o del tronco "otomí", escriben hoy con intensidad. Entre los narradores originarios de los distintos municipios del territorio mixe han publicado con autoridad Juventino Gutiérrez Gómez, Martín Rodríguez Arellano, Rosario Patrio Martínez, Filemón González Pérez y Juventino Santiago Jiménez.

Importantes resultan para estas escrituras los autores que piensan y recorren la lengua propia. Algunos lo llaman filosofía, otros, pensamiento, saberes. Etnólogos, lingüistas, normalistas y académicos literarios acompañan de manera creciente los fenómenos literarios de sus pueblos. En el caso de los ayuukjä'äy cuentan con la atenta y muy atendida voz de Yásnaya A. Gil. Otros importantes pensadores desde sus lenguas son Javier Castellanos en Oaxaca, Mikel Ruiz en Chiapas, Hubert Matiúwàa en Guerrero, Pedro Uc Be en Yucatán.

En este sustrato lingüístico y literario Juventino Santiago Jiménez reúne sus relatos, fruto de un pertinaz camino narrativo triplemente afortunado. Él tuvo la suerte de que el suplemento *Ojarasca* se abriera a la publicación constante de sus puntuales narraciones. *Ojarasca* tuvo la suerte de recibirlas. Y para suerte de todos, los cuentos de Juventino Santiago suelen ser afortunados en términos narrativos. Encuentran una aceptación especial entre nuestros lectores en internet y redes sociales.

Como este libro lo muestra, su escritura no siempre es bilingüe, aunque sí establecida en el mismo territorio del recuerdo en el ámbito de su tierra, sus alrededores y sus ausencias, las huellas vivas de los abuelos, la independencia fantástica de los animales, la realidad concreta de un niño que crece, del joven que se va. Encontramos rasgos autobiográficos, entretreídos con la ficción y el montaje, que nos dejan una firme sensación de vida vivida, de camino franco hacia el cerro Zempoaltépetl, Cacalotepec, Techal Blanco en Huatulco, la ciudad de Oaxaca, Atitlán, Candayoc, Cotzocón, Cuatro Palos, San Juan Mazatlán, el lugar sagrado El Colibrí, los mercados, las escuelas, los parajes. En algún momento el periplo se abre al Totonacapan, pero todos los caminos de la tierra y la memoria conducen a Tamazulápam, siempre El Duraznal.

Por muy local que parezca el país de la vida del narrador que imagina, escucha o recuerda, *Ka't ja'a në' ka't ja'a tu' njëktëko'oyën / No perdamos el camino* es de esos libros que merecerían un mapa, como los de Macondo de García Márquez, Santa María de Onetti o Yoknapatawpha de Faulkner. En esta región de la sierra oaxaqueña donde nacen las nubes, las tragedias y las fiestas, Juventino Santiago conjunta su biografía vivida o soñada con los acontecimientos en el revés del tiempo, en la cara oculta de las historias.

Como suele suceder con los caminos verdaderos, el de *Ka't ja'a në' ka't ja'a tu' njëktëko'oyën / No perdamos el camino* (2024) no termina con el punto final del libro. El caudal de narraciones de Juventino Santiago Jiménez parece lejos de agotarse ■

HERMANN BELLINGHAUSEN

LARGO CAMINO A EL DURAZNAL

Juventino Santiago Jiménez,
Ka't ja'a në' ka't ja'a tu' njëktëko'oyën / No perdamos el camino,
Universidad Intercultural del Estado
de Puebla,
México, 2024, 218 pp.

En tiempos recientes se discute si la escritura en lenguas originarias de México conforma una, o varias literaturas. Antes de caer en una discusión bizantina, lo sensato sería considerarlas lo segundo: tantas como las lenguas en que son escritas. Ahora, para ser admitida como tal, una "literatura" debe tener ¿qué tanto corpus? ¿Un libro? ¿Diez? ¿Cien? ¿Uno, cinco o cuántos autores constituyen una "literatura"? ¿Cuántos años o siglos?

El concepto mismo de "literatura" ha sido cuestionado como ajeno a las culturas y las lenguas de los pueblos originarios. Incluso la expresión mexicana prehispánica que hemos leído como "poesía antigua" los últimos cien años puede ponerse en duda, como una creación/invencción de los mexicanistas. Y sin embargo el canto, o como se le llame, es inherente al ámbito de cada lengua en lo ritual, lo alegórico, lo festivo, lo mítico, lo anecdótico, lo lúdico, lo didáctico.

La narración, las historias, los cuentos, los recuerdos reales o inventados, los delirios platicados y las ocurrencias están presentes en todo lo humano. Quizá sea uno de los

rasgos que definen a nuestra especie: que contamos y escuchamos historias. Ya veremos si son literatura, "oral" aunque sea. Podemos reconocer lo literario aun antes o por fuera de la escritura. En ese caso, todas las lenguas que se hablan en nuestro país poseen su propia literatura, mayormente ágrafa y qué. Sin ella resultarían impensables, o postizos, los trabajos escritos todo lo bilingües que se pueda de transcritores y autores nativos de cada uno de estos idiomas nacionales.

Las religiones son historias aplicadas y útiles, mientras los cuentos son historias puras y libres incluso cuando repiten o reinterpretan las narraciones tradicionales de cada pueblo. La imagen del cuentacuentos y su audiencia reunida en torno a una hoguera es tan antigua como el mundo en comunidad. Los nómadas en sus escalas, los agricultores establecidos, los constructores de ciudades, y de ahí a lo largo del desarrollo nunca lineal de las civilizaciones humanas. Pueden existir diferencias abismales en el tiempo y el espacio pero tienen en común los ojos, los oídos, la lengua, el cerebro imaginante.

Puestas las salvedades sobre la mesa, no hace falta preguntarse si existe una literatura narrativa mixe, esto es ayuuk, creada por los modernos ayuukjä'äy. Sus rasgos dialectales quedan en manos de los hablantes y lectores de dicha lengua. A estas alturas ya se ha publicado un generoso número de narraciones mixe contemporáneas. También en otras lenguas mexicanas se escribe de manera bilingüe, aunque no siempre; una excelente narrativa que

LA HISTORIA DE LOS BATSIL WINIK'O'OB CONTADA POR UNA MUJER

Ruperta Bautista,
Ixbalam-ek' / Estrella Jaguar,
 Ilustraciones de Roberto Alonso Gordillo Pérez
 (Cohete con Dientes),
 Oralibrura Cooperación Editorial,
 Ciudad Nezahualcóyotl, México, 2023, 157 pp.



Ilustración de Roberto Alonso Gordillo ("Cohete con Dientes") para la novela *Ixbalam ek' / Estrella Jaguar* (2023)

Se alternan las historias *Ixbalam-ek'* y de *Komkom*; los nombres de los personajes y de los lugares remiten al simbolismo religioso del pensamiento maya, por ejemplo, al asesor de *Ixbalam-ek'* "le habían puesto por nombre *Komkom*, en honor al enano descendiente del rayo y como agradecimiento a los dioses, por haberles regalado el hijo del espíritu de la montaña" (p. 97).

Por momentos parece tratarse de una novela costumbrista, etnográfica, que enseña la forma de vida de nuestros antepasados. Nos muestra detalle a detalle rituales curativos, autosacrificios propiciatorios, el significado simbólico de nombres de personas y lugares. Como ejemplo citaré la oración de *Komkom* para pedir perdón a la Tierra por su atrevimiento, haciéndose responsable por haber incentivado a su amigo a cometer una falta de respeto que le pudo costar la vida; así *Komkom*, al llevar a cabo la ceremonia, reza: "Señora madre, aquí venimos humildemente a moles-tarte, a que nos perdones, a que perdones nuestro descuido. Regresa a mi amigo, que vuelva a su casa, que regrese a su cuerpo, por favor, permítele que sus ojos sigan viendo la salida y la entrada de muchos soles" (p. 99).

La tensión se siente cuando *Ts'ibob* hace el mural en homenaje a *K'inoob*. Nos encontramos ante otro hecho que nos permite clasificar la historia dentro de lo real maravilloso: cada vez que intentan pintar al fresco la imagen de *K'inoob* se dan cuenta que han representado a otra persona. Y de nuevo la polisemia: la transformación, ¿es producto del cansancio por el extenuante trabajo que están realizando los cinco artistas día y noche? ¿O es en la pared que ocurre una transfiguración milagrosa? (pp. 109-111).

Los juegos con el tiempo, prolepsis y analepsis, contribuyen a mantener el suspenso, a dosificar la información para el lector manteniendo así la atención del lector.

La historia es circular, inicia con la protagonista al borde de la muerte y a través de sus recuerdos vamos conociendo toda su historia. Los planos temporales se mezclan en contrapunto: el presente del relato, donde la protagonista está a punto de morir, es interrumpido por las analepsis que se intercalan, llevándonos a la infancia y adolescencia de *Ixbalam-ek'* y también de *Komkom*.

La novela presenta intertextualidad con el *Popol Vuj*: "Cuatro *Ajmen* se distribuyen en cada una de las esquinas del aposento, depositando incensarios en el suelo, después permanecen en pie, dentro de sus ropas sacan un *Tsu*, fruto del árbol de los Gemelos Sagrados, lo acomodan entre sus labios y soplan suavemente haciéndolos sonar" (p. 125).

Ixbalam-ek' es un libro denso, que se lee con los cinco sentidos, pues exige la atención del lector a quien lega el conocimiento de la forma de vida de nuestros ancestros ■

SILVIA CRISTINA LEIRANA ALCOCER

gobernante, y la de su vocero y asistente, *Komkom*.

El narrador omnisciente nos muestra las acciones de los personajes en un relato puramente diegético, pero que en todo momento atraviesa la vivencia cotidiana para presentar la religiosidad con sus rituales, la concepción del tiempo, las estrategias —podría decirse ardid— gubernamentales.

A los ojos del lector, *Ajkin* y *Yumkimil* han llegado por *Ixbalam-ek'*. Las visiones propias del trance religioso, acaso las deidades, o quizá los humanos representantes de las divinidades en la Tierra, interactúan con los personajes, lo que permite adscribir esta novela a lo real maravilloso, pues hay lugar a varias plausibles interpretaciones: la sobrenatural y las causales. *Komkom* en todo momento auxilia a la reina, quien convulsiona por la fiebre.

Tanto en los recuerdos de *Ixbalam-ek'* como en las vivencias del tiempo del discurso, se hace presente la visión cíclica del tiempo, en la cual pequeños accidentes, si ocurren con animales u objetos cargados sémicamente de valor ritual presagian desgracias inminentes. Por ejemplo cuando "un búho blanco choca con la cabeza de *Jsakbalam*, le tira el tocado que rueda por la plataforma [...] Los *Ajmen* asustados corren a levantar el tocado, lo revisan y acomodan nuevamente en la cabeza de *Jsakbalam*, una piedra de jade que simula el ojo de un tigre se ha desprendido" (Bautista, 2020: 85).

La temporalidad en zig zag obliga a los lectores a estar atentos, pues el tiempo del discurso es el de *Ixbalam-ek'* enferma, pero a menudo las analepsis nos llevan a los hechos que darán pie al nudo de la historia: "A *Ixbalam-ek'* la persiguen los recuerdos: dentro del Palacio el silencio. *Ixbalam-ek'* y *Jsakbalam*, desde hace tres días y dos noches, ayunan para evitar la guerra de las cuatrocientas estrellas" (p. 87).

También se nos da una visión diferente a la que siempre hemos creído del papel que jugaron las mujeres en los tiempos prehispánicos: la protagonista es una guerrera eficaz en el frente de batalla y lucha cuerpo a cuerpo por su pueblo.

Novela histórica, polifónica y polisémica, que recrea la vida en tiempos del clásico mesoamericano. Su epígrafe alude a una voluntad pan-mesoamericana: Nezahualcóyotl, el gran poeta de Nuestra América antigua, pregunta: "¿Adónde iremos al fin / los que estamos aquí sufriendo, oh príncipes? / Que no haya infortunio. / Él nos atormenta, él es quien nos mata. / Esfuércense, todos nos iremos al lugar del misterio". Esta estrofa evoca la zozobra del individuo preguntándose qué hay más allá de la muerte.

Escrita en *batsil k'op*, su lengua originaria, en la traducción al español la novela conserva varias palabras de su idioma, lo que motiva a los lectores de la traducción a conocerlo.

El narrador de *Ixbalam-ek' / Estrella Jaguar* inicia describiendo el ambiente, al relatar un día común (aunque luego se verá que no es tan común ese día) en la vida del pueblo *batsil winik'o'ob*. Se crea en la mente del lector la algarabía de la gente comprando en un mercado, y vemos a la vez la diferencia y la similitud con los humanos de todos los tiempos: un niño llora porque su padre no ha aceptado hacer el trueque por una tortuga, hay madres cargando a sus hijos, gente subiendo, bajando, regateando. Este bullicio contrasta con la situación de la gobernante, *Ixbalam-ek'*, quien, con la salud mermada, recuerda con nostalgia otra situación triste.

Ambientada en el auge de la civilización maya, aunque siempre en tercera persona, alternan la perspectiva de la



Pared construida con pencas de maguey en la cocina de Porfiria Rodríguez Cadena. Santiago de Anaya, Hidalgo, 2024.
Foto: Justine Monter Cid

página
final

CUÁNTOS SOMOS

Francisco Torres Córdova

Cuántos somos nosotros

en el agua inquieta del espejo
que nunca es sólo uno
y siempre el mismo imperturbable

que nos devuelve el nombre cotidiano
y otro hecho de eso mismo
pero con otra resonancia otro rasgo
que nos concentra y multiplica

vocales familiares al oído
y fuertes consonantes
que alisan la garganta
y notas y tildes que nos saben
a lo que sabe el otro

y sin embargo lejos
de otro lado
de una lejanía que nos dice
quiénes somos y no sabemos

FRANCISCO TORRES CORDOVA (Ciudad de México, 1956) ha publicado seis libros de poesía: *La rana en el ojo*, *La flauta en el desierto*, *Así la voz*, *Berenice*, *Monólogos* y, recientemente, *Oral* (Edición no venal, México, 2024), de donde procede este poema.